



Luis Fernando Revelo C.

Hablemos de...
Valores y Virtudes

Colección "TAHUANDO"

87
2010

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA "NÚCLEO DE IMBABURA"

Luis Fernando Revelo C.

Hablemos de...
Valores y Virtudes



Colección TAHUANDO Nº 87

Ibarra, 2010



“Luis Fernando Revelo, es un académico. Vive, habla y escribe desde la cosmovisión académica. Y académico, no sólo por su elegancia y profundidad, sino también, en la concepción socrática, que insta al diálogo, para irrumpir en la mayéutica, o sea, irrumpir en el nacimiento de ideas y de conceptos”

(Marcelo Valdospinos Rubio)

FLORECE LA ESPERANZA

Pablo de Tarso con frase ceñida de alto contenido, proclama una trinidad de verdades: vivimos en Dios, en Dios nos movemos y en Dios somos. Salta a la vista: Dios es el fin esencial del hombre, principio y término de su amor y como su espacio vital para el hombre. Una mirada en frío sobre la juventud y la sociedad contemporáneas demuestra con evidencia que no viven, ni se mueven, ni están en Dios; sino que se hallan fuera de Él, descentradas, descarriadas, violentadas y sin norte. Porque el hombre ha perdido la integridad de su naturaleza, la plena rectitud de su ser, el impulso ingénito suficiente para orientarse sin desvíos y, por último, el conocimiento y amor de Dios, y se postra incapaz de vivir, moverse y subsistir en Él, según la naturaleza y tendencias del ser racional.

El opúsculo de Fernando Revelo patentiza el fenómeno desenfrenado de los tiempos recurrentes, creadores de conflictos y cavernas en la profundidad del alma, soterrando el germen vital capaz de divinizarla. Y pugna por despertar a ese gigante del hombre postrado, sembrando la esperanza, impulsándola a florecer en la juventud hasta que alcance la madurez del hombre plenario. Tal como el perfil que fijaba el filósofo Juan Luis Vives para el cristiano: "Un hombre de naturaleza pura e incorrupta, un hombre restituido a su estado primero, a la naturaleza incontaminada". Y esta es la meta que se propone "Hablemos de...valores y virtudes": delinear un hombre perfecto en el cristiano y un varón místico en el grado sublime, cuando los jóvenes, especialmente, sean capaces de burilarse con entendimiento disuasivo y amar con voluntad racional las obras de las virtudes morales.

Esta antropología psicológica que brota de la pluma del maestro Revelo, es la interpretación de las actividades vitales de la juventud enloquecida por el vaivén de la rosa de los vientos; engolfada en la vesania de la sensualidad, en el espasmo de la carne, en la ilusión de la bagatela. Las páginas del libro están empeñadas en inducir a la juventud a perder el terror de enfrentarse a las verdades eternas, sostenidas en vilo ante la vida, la sociedad y Dios.

Las alusiones a personajes, leyendas, historietas y fábulas, de las que arrancan las meditaciones, como materia didáctica, tienden a exponer hechos plásticos, ejemplarizadores, bridones de la voluntad, para el compromiso de la rectificación de los extravíos que arrastra la soberbia de la vida juvenil. Sostiene un orden perfecto en la exposición de los temas, estilo claro y diáfano, ánimo sereno y ponderado, visión completa de la realidad juvenil actual, aprovechamiento de filones de oro o plata que le ofrecen escritores esclarecidos y paso firme en la solución de cuestiones propuestas. En todo aquello se expanden sus condiciones de pedagogo que asimiló las experiencias de la cátedra.

Brega con tesón de combate en cada uno de los temas que se propone, traduce ampliamente el salmo: "¿Qué cosa es el hombre para que te acuerdes de él?", maravilla que desvela a la existencia juvenil, en la búsqueda del centro misterioso de tensión y grandeza que Miguel Ángel pintó en la Capilla Sixtina cuando la creación del hombre, punto equidistante y de unión entre el dedo divino y el del que acaba de nacer, centro invisible de misteriosa grandeza que obliga al joven a ser humano, a prender la mano de Dios para no precipitarse en la sima de los abismos eternos.

La vida del hombre masa, poco inclinada a la reflexión, al choque con la eternidad del espíritu, no se siente sacudida para emerger del mal, del vicio, del pavor que el Evangelio sobrecoge cuando oye el imperativo de abandonar la masa y mirar tejas arriba. He ahí la lección y el deber que impone la lectura del opúsculo de Revelo a la juventud; el planteamiento supremo ¿vale la pena vivir? Albert Camus contestaba en "La Peste" pienso que el sentido de la vida es el problema más urgente del homo viator.

El joven debe aprehender a realizar la libertad para encontrar a Dios en la existencia humana.

La juventud debe mirarse en el espejo de su propio corazón, y contemplar que de las sublimes tragedias de Shakespeare ha descendido a las emisiones vocales del chimpancé; del poema del silencio que es la "danza de los siete velos" y de la del "lago de los cisnes", a las contorciones zoológicas del ritmo de los troncos negroides. Hay, pues, el repliegue del ángel hacia el dolmen satánico de los primates.

El libro de este fugaz comentario, línea tras línea, describe la involución juvenil: los morbos concomitantes de las drogas, el genocidio hasta legal del aborto, el moloch endiosado de la sexualidad que absorbe todos los instintos vitales de la corporeidad... Tronchan el porvenir de la juventud y, por arrastre, el de la Nación. Parece que las fieras de la selva son más angélicas que las que pululan en las ciudades, disfrazadas de racionales, porque el animal que el hombre lleva adentro saltó de la picota y ha roto las cadenas del Cristianismo.

Atalaya es esta nueva entrega de Luis Fernando Revelo, atisba el mañana y hasta el trasmañana, en los que una nueva juventud, sobre el inmovible Cristianismo, devolverá a la sociedad la conciencia de poseerla como misión salvífica de renovación vital, de justicia, de verdad y de paz. El autor ha levantado su voz para clamar desde el desierto de su experiencia, despertar el grito virgiliano de "alta petens" sin el miedo de ascender a las alturas de Dios. Allí se contempla la elevación del espíritu juvenil desde el charco a la esfera sobrenatural de la Luz increada

Jorge Isaac Cazorla

Miembro de Número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua,
correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua.

“La virtud más eminente
es hacer, sencillamente,
lo que tenemos que hacer.
Cuando es pura la intención,
no nos asombran las cosas
ni en su mayor perfección...

¡El encanto de las rosas
es que, siendo tan hermosas,
no conocen lo que son!...”

(J. M. Peman)

CREADOS PARA TRASCENDER

Cuenta José Moliner que en la sierra de Cazorla, vivía un águila de gran tamaño. Tenía casi tres metros de envergadura. Había hecho su nido en un saliente de un farallón rocoso.

Desde su altura divisó un cordero muerto en la carretera que iba del pueblo a la tinada. Bajó majestuosa y se puso a comer la carroña.

Estaba tan embebida en su tarea, que no advirtió que se acercaba peligrosamente el camión de la basura. El vehículo pasó por encima de ella y la aplastó. Tremenda pena inspiraba aquel noble animal que en contados segundos se convirtió en un despojo sanguinolento.

Un ave que estaba destinada a ser la señora del cielo, con el privilegio de mirar el sol de hito en hito, había perecido bajo las ruedas de un camión de estiércol.

Mis queridos lectores, el secreto de la grandeza del ser humano está en haber sido creado a "imagen y semejanza de Dios", fue creado para ser grande, para ser como las águilas, que no entienden de pequeños vuelos. Fue creado para trascender, para volar, para contemplar a Dios, no para arrastrarse como serpiente en la tierra. Basta con que se deje llevar de sus bajas pasiones, de sus apetitos desordenados, de sus malas inclinaciones, para que se desfigure completamente esa imagen que le asemeja a Dios.

El ser humano tiene que sentirse valioso como hombre, como verdadero hijo de Dios. ¡Qué pena que en lugar de elevarse, haya caído por senderos de ruina y de destrucción!. En lugar de renovación, de afanes de grandeza, de ilusiones nuevas, de ambiciones nobles, sólo observamos un panorama hedonista: vino, mujeres, farra y un total escapismo de lo que implica sacrificio y perseverancia.

La mayor miseria humana que puede concebirse es la estúpida jactancia de los desmanes que se cometen diariamente. Jóvenes que se jactan de ser intemperantes, descorteses y bruscos, borrachos, perjuros y ladrones. Hombres y mujeres que rompen compromisos y engañan y hacen alarde de sus granujadas e impurezas para quienes no existe el temor de Dios, peor el honor, la educación ni los valores humanos y cristianos. Hay cosas que deben guardarse por un ele-

mental sentimiento de vergüenza y no sacar a relucir los trapos sucios a la luz del sol como materia de fanfarronada y de humor. Los defectos pregonados con vanidad idiota pronto les conducirán a la caída más estrepitosa.

José Moliner solía decir que el hombre no es grande por su tamaño, por su fortaleza física, por la anchura de sus espaldas, por la cantidad de “vicios masculinos” o porque huele a cigarrillo y alcohol. El hombre es grande por la dimensión de su espíritu, por la profundidad y limpieza de sus sentimientos, por los valores y virtudes que practica. El hombre es como un pozo, que se mide no por la altura de su brocal, sino por su hoyada y la hondura de sus aguas.

FORMAR LA MENTE Y EL CORAZÓN

Se cuenta que el poeta Coleridge recibió un día la visita de un gran admirador. En el transcurso de la animada tertulia que sostuvieron, surgió el tema de la niñez, de la juventud y su formación.

- “Creo, afirmó rotundamente el visitante, que debe dejarse a los niños y a los jóvenes en libertad para que piensen y actúen desde que son muy pequeños y que puedan tomar sus propias decisiones sin que nosotros intervengamos. Sólo así podrán desarrollar al máximo toda su potencialidad.

- Ven a ver mi jardín de rosas, le dijo Coleridge, acompañando a su admirador hasta el jardín. Al verlo el visitante exclamó:
- ¡Pero esto no es un jardín... Esto es un patio lleno de maleza!
- Solía estar lleno de rosas, agregó el poeta; pero este año decidí dejar a las plantas de mi jardín en total libertad de crecer a sus anchas sin prestarles un mínimo de atención. Y ya ves, este es el resultado”.

Amigos lectores, esta parábola nos ayuda a reflexionar sobre ese gigantesco rol donde todos tenemos una parte de responsabilidad para formar la mente y el corazón de nuestros niños y de nuestros jóvenes. “Dejar hacer, dejar pasar” so pretexto de una mal entendida libertad puede generar muchas actitudes que tarde o temprano lamentaremos. Nunca miraremos mal a aquellas personas u organismos, llámense padres de familia, maestros, medios de comunicación, Dirección Provincial de Educación, Gobernación o Jefatura Política del cantón, entre otros, porque se preocupan de curar tantos males, aunque a veces la medicina es amarga. La vida nos da hermosas lecciones y con el devenir del tiempo agradecerán y evocarán a quienes, con palabras sinceras y cargadas de verdad les enseñamos, a vivir a “ser personas”.

Ya Pitágoras fue enfático en señalar: “Educa a los niños y no será necesario castigar a los hombres”. “Si no tienes un amigo que te corrija tus defectos, búscate un enemigo que te haga tan grande favor”.

Una de las tareas prioritarias de la educación es ayudar a que nuestros estudiantes adquieran una formación humano-integral: aceptación de sí mismo, control de la vida emotiva, fuerza de voluntad, autonomía personal, capacidad de proponerse metas, relación positiva con los que le rodean, eficiente percepción de la realidad ambiental, la vivencia de los valores éticos y morales y esa exquisita capacidad de amar y de servir, que se constituyen, sin lugar a dudas, en los pilares fundamentales sobre los que se construye la personalidad del ser humano.

Es imperioso que nuestros estudiantes comprueben que es más importante ser que tener y que es más enriquecedor dar que recibir. Personalmente aplaudo y felicito a aquellos niños y jóvenes que se mantienen impertérritos en su dignidad, aunque los demás les hagan a un lado, aunque los "descolen", como ellos suelen decir. Ellos llevan en su mente aquella sentencia: "Es cobarde quien temeroso de escarnio y de befa, rompe sus promesas y su honor traiciona".

Se precisa mucho valor para seguir siendo honestos, aunque los otros se vuelvan ricos de un modo fraudulento. Es plausible cuando rotundamente se dice NO a pulmón lleno, aunque los demás dicen SÍ a las granujadas de turno. Hay que cumplir a cabalidad las obligaciones y los deberes en medio del silencio, mientras otros medran buscando la fama y la publicidad.

La postmodernidad que estamos enfrentando nos induce a tomar iniciativas, a proponer estrategias, recursos y actividades que generen espacios de reflexión, acciones y compromisos. De ahí la enorme tarea que tienen directivos y maestros de los establecimientos educativos para promover charlas, mesas redondas, paneles, celebración del momento cívico durante los días lunes, a efectos de abrir un espacio de reflexión que conlleve al reencuentro entusiasta con los valores y con las actitudes positivas. Solamente así se encontrará un sentido a la vida, esa urgencia de trascender en una obra creativa, el amor a la verdad, al bien, a la belleza, que en fin de fines se resume en el glorioso encuentro con el Dios de la vida, que es Amor, Verdad, Belleza y Bondad.

¿VALORES PARA SER TONTOS?

Sucedió en los Estados Unidos: un hombre había encontrado un maletín que contenía documentos personales y un millón de dólares. Su conciencia y sus principios cristianos le indujeron a entregarlo a la policía para que localizaran al dueño y se lo devolvieran. Lo curioso de este asunto es que nuestro personaje recibió centenares de cartas que lo tachaban de **tonto** y de **estúpido** por el hecho de haber sido honrado al devolver el maletín. Su hijo huyó del Colegio porque sus compañeros lo ultrajaban diciéndole: "¡burro, es inconcebible que tu padre haya devuelto un millón de dólares!".

Verdaderamente mis queridos lectores, en este mundo que vivimos, hace falta valor para ser honestos, valor para ser honrados, valor para ser sinceros. El argumento de que "todo el mundo lo hace" es la herramienta favorita para cometer los más atroces desmanes, si no lo haces eres un pobre "tonto". Fornica y adúltera hasta que te canses, siempre y cuando lo hagas con un "sentido de responsabilidad sin perjudicar a nadie". Si no quieres complicarte la vida y hay oportunidad de que unos cuantos "dolaritos" vayan a tu bolsillo, ¡aprovecha, no seas tonto, que para eso te sacas el aire sirviendo a estos tipos que ni siquiera te dicen gracias!. Mientras haya la oportunidad, no seas tonto, estás en la flor de tu juventud, disfruta del sexo cuando quieras, donde quieras y con quien tú quieras, pues mientras más compañeros de cama tengas antes de casarte, serás un mejor cónyuge. Si te embarazas, no seas pendeja, te vas a que te lo "extraigan el problema", de la misma manera como te haces extraer un diente malo.

En el Antiguo Testamento, la esterilidad era catalogada como una maldición y tener hijos era una bendición. Hoy parece que se ha invertido el criterio. Mientras más hijos tenga un matrimonio, es una verdadera maldición, además de las críticas de las cuales es objeto la mujer a quien le tachan de tonta, que no sabe cuidarse y que tendrá que ser esclava de la crianza de sus hijos por el resto de su vida.

En este siglo de la luz y de la ciencia hablar de virginidad es un disparate. Hablar de enamorados sin relaciones sexuales es una tontería. Es una pobre tonta aquella que se enamoró de un muchacho pobre, licenciado en letras (hoy catedrático) que a costa de sacrificios se la pasaba estudiando para sacar su título con dignidad, cuando tuvo la oportunidad de enamorarse de aquel joven que tenía grandes posesiones económicas y que le garantizaba un excelente porvenir.

No cabe la menor duda, que ser moral, cuando la inmoralidad campea, es un negocio arriesgado. Aparte de que se les motejará de tontos, pueden perderlo todo, desde un novio o un "amigo", la participación en el grupo de los "vivísimos", desde el puesto en la sociedad hasta los contactos y beneficios necesarios para mantener en marcha el propio negocio. ¿Valdrá la pena perder para recibir en cambio, una ganancia mejor?

Pues claro, mis queridos lectores, por el amor de Dios, hay que seguir siendo "tontos". Porque mejor es ser "tontos" que estar muertos, mejor "tontos" que vacíos. Bendita tontería si no traicionan su conciencia y no claudican en la vivencia de sus valores humanos y cristianos.

¿HACIA DÓNDE VA LA SOCIEDAD?

Cuentan que en un ancho valle, rodeado de protectoras montañas, pastaba tranquila una manada de 8 000 bisontes. Unos hombres a caballo que los vie-

ron desde arriba, hicieron un astuto plan, para enriquecerse con las pieles de los pacíficos y dóciles animales: la mitad se preparó para disparar desde lejos en la parte más abierta del valle; los otros se apostaron al lado contrario, donde las montañas se cerraban en un desfiladero.

La manada, asustada por los disparos, comenzó el loco galopar de la estampida. A la cabeza, un joven bisonte sospechaba. Contraviniendo las severas órdenes de la manada, solía ir a ver el atardecer al borde del desfiladero. Y se paró, volviéndose para prevenir de la desgracia. Fue triturado por la inercia dirigida por 7 999 bisontes.

La manada, programadamente insegura, seguía galopando. Diez jóvenes bisontes, que dieron credibilidad al pisoteado, también sospecharon e intentaron evitar el abismo. En el acto fueron eliminados, como peligrosos agoreros, por la estructurada autodestrucción de 7 989 bisontes. Y perdonarán ustedes, que el final de esta historia se pierde en el archivo de la memoria, dando lugar a un sinnúmero de conjeturas.

De todas maneras unos afirman que pereció toda la manada, ignorando que su alocada y fatal carrera, únicamente sirvió para enriquecer a unos cuantos hombres astutos. Otros, por el contrario, aseguran que los cien bisontes que hacían de guías, también sospecharon, lograron detenerse y salvar a los 7 889 bisontes. Por último, no falta la versión de que esos 100 bisontes, se fueron separando sutilmente de la manada, dejando pasar el galope imparable del miedo establecido. Y, agrupados tras el polvo y la nostalgia, lograron pastar, de nuevo tranquilos, en aquel ancho valle, mudo testigo de la conducta de la manada.

Amigos lectores, el mundo moderno se parece a esta manada de bisontes. No hay ideas, metas, opiniones, decisiones, sentimientos o valores que sean propios, que broten de una conciencia crítica y constructiva. ¿A dónde va Vicente?, es la pregunta clave y la respuesta es inmediata: ¡A donde va la gente!

“Nos han lavado el cerebro”, expresan en lenguaje metafórico nuestros jóvenes. Cantidad de personas se mueven como marionetas, al sol que nace, contentando a “sansón y a los que no son”. En estos funestos casos el hombre ya no es hombre, es un muñeco fácil que se abandona a merced de los sutiles hilos que lo manejan. Y la vida no se construye con actos maniqueístas donde el ser humano es obligado a comer, a divertirse, a vestirse, a acicalarse según los oscuros intereses que persiguen unos cuantos astutos que pugnan por llenar sus bolsillos a costa de la ingenuidad humana. La vida se construye como una casa, piedra sobre piedra, acto por acto, día por día, sacrificio tras sacrificio. Poco y bien, poco y despacio. Nada se construye con la celeridad del relámpago. Dios nunca va de prisa, pero siempre arribará a tiempo, y cuando nos viene la tentación de llevarle la delantera, todo se derrumba como un simple castillo de nai-

pes. Las plantas de invernadero florecen a prisa, pero qué poco que duran. ¡Cuántas obras han sido abortadas porque sencillamente fueron concebidas y elaboradas en invernadero!

Recordemos al famoso San Agustín, el Águila de Hipona, en su libro I de sus Confesiones, en el capítulo XVI, cuando lamenta los extravíos de su inteligencia, esclavizada por perversas enseñanzas: "No acuso yo, subraya el doctor de la Iglesia, las voces o palabras, que son como unos vasos preciosos y exquisitos, sino el vino del error que nos daban a beber en ellos unos maestros embriagados ya de él y que nos castigaban si no queríamos beberlo; sin que nos fuera permitido apelar a algún juez sobrio y que no estuviese preocupado como ellos y poseído del error. Y no obstante eso, yo, Dios mío, en cuya presencia hago memoria de estas cosas, con seguridad las aprendí gustoso y, pobre de mí, me deleitaba en ellas". ¡Qué enorme es la influencia de las enseñanzas de los demás, de los que hacen de cabecillas, o de los que ejercemos la sublime misión de ser educadores!

DECIR NO CUANDO ES NO

Una noche muy fría en el desierto, un árabe armó su tienda para acampar. Dejó su camello afuera pero, un rato después, el camello metió la cabeza a través de las lonas. "Estoy helado aquí afuera, quiero estar donde hay abrigo", dijo el camello a su dueño.

"No puedes, le contestó. No hay cabida para ti". El camello añadió: "Bueno, por lo menos permíteme solamente meter mi cabeza". "Muy bien, pero sólo tu cabeza", replicó el dueño.

A medida que avanzaba la noche el camello iba adentrándose poco a poco en la tienda de campaña y un rato después se había introducido totalmente. "Te dije que no había espacio para ambos" se quejó su amo. En ese caso, manifestó el camello, a tiempo que iba echándose cómodamente en el suelo, "tendrás que salir tú".

Este cuento ilustra lo que suele decirse en el lenguaje coloquial: "Hay que saber resistir los comienzos o lo que Mateo subraya en su Evangelio: "Digan sí, cuando es sí, y no, cuando es no"(Mt 5,37).

El camello representa aquellos censurados hábitos que dejamos que poco a poco penetren en nuestras vidas y cuando nos detenemos a recapacitar, estos ya han tomado control de nuestra persona y hay que tener voluntad de lucha para erradicarlos. Es más sencillo decir no al comienzo para no tener que deshacernos de todo el camello.

Se llega fácilmente a ser esclavo de los vicios por diversas circunstancias. Ellos

de por sí ejercen una fascinación que pueden atraer por curiosidad, por escapismo de situaciones y evasión de responsabilidades, por búsqueda de satisfacciones y placeres, por incitación, por agresión contra uno mismo o rebeldía contra la sociedad, por reacción contra el entorno familiar, por las circunstancias sociales de la persona, etc. Lo que escandaliza y cuestiona es cuando nos encontramos con grupos de sinvergüenzas que inducen a los otros, sobre todo a los niños y seres indefensos en un acto de verdadera perversión moral.

Cuántas personas comenzaron con un cigarrillo (con una pitadita) y hoy son fumadores empedernidos. Cuántas personas comenzaron con una copita de licor y hoy son alcohólicos consuetudinarios. Cuántos jóvenes, instigados por su curiosidad, comenzaron probando la droga y hoy están habituados a su consumo. Su toma repetida generó una necesidad que a la postre culminó en dependencia "Y ahí vemos a la gente que camina enajenada porque ya no son ellos mismos, han perdido la frescura del espíritu. Han perdido el dominio de su personalidad y el gobierno de su conciencia. Veletas en vez de brújulas. Almas giratorias. Ruedas locas que perdieron el eje maestro o el profundo soporte de la vida".

Subraya Joaquín Antonio Peñalosa, que estos hermanos se volvieron pertenencia de otros, posesión ajena, conquistados por el ambiente, esclavos de las pasiones más diversas, presos de por vida a fuerza de no haber dicho no al comienzo. El hábito se encargó de todo lo que ustedes pueden imaginar. Del hombre queda el harapo y de la juventud, solamente el recuerdo. Los padres de familia suelen cuestionarse qué es lo que sucedió, si ellos les dieron todo: dinero, hogar, oportunidad de estudiar, un mundo automatizado y brillante. Todo lo que ellos lucharon por conseguir. Todo lo material les dieron, pero lo que nunca les dieron es **tiempo y amor**.

Mis amigos lectores, es menester renunciar al egoísmo para preocuparnos de estos hermanos. Hay que prevenir a nuestros jóvenes, a nuestros niños, ayudar a aquellos que ya están metidos en la espiral destructora, en esa nube de toxinas devastadoras.

IDENTIDAD DE RENOVADO

Cuenta una vieja leyenda que en un apartadísimo paraje había un espejo mágico cuya virtud atraía a multitudes de peregrinos llegados a verlo desde todos los confines del orbe. Quien se miraba en el espejo se veía tal cual era en realidad y no como él se figuraba ser ni como sus amigos o enemigos le decían que era. Daba el espejo, en un instante, práctica realidad al conocido aforismo del templo de Delfos: "*Conócete*", que tan difícil es de cumplir mientras las experiencias de la vida no nos ponen sus espejos por delante.

Entre la multitud de peregrinos que acudían a mirarse en aquel mágico espejo, hubo uno tan sumamente modesto e inclinado a menospreciarse, que ni por asomo se consideraba capaz de hacer algo que valiera la pena; pero cuán grande fue su sorpresa al ver que el espejo reproducía fielmente un hasta entonces insospechado aspecto de su persona.

Claramente bosquejada en el interior de su figura corporal, reflejaba el espejo la de otro ser radiante, gozoso, viril, enérgico, confiado y sereno, sin ninguno de los vicios, defectos, bajezas y debilidades de que el peregrino se creyera revestido. En el interior de la imagen de su rostro, que siempre le había parecido vulgar; vio en el espejo otro rostro de varonil hermosura, sin la más leve incoherencia fisonómica, y que no obstante era su propio retrato.

Mientras contemplaba admirado el peregrino aquella doble imagen, se fue destacando la del fondo, hasta colocarse en primer término, dejando atrás a la grosera y deficiente imagen de la ordinaria personalidad. Entonces comprendió el peregrino que en el mágico espejo había encontrado su *propia identidad*, y que su verdadero Yo no era la corporal personalidad de carne, sangre, nervios y huesos, que durante tanto tiempo había tomado engañosamente por su propio ser, ni tampoco eran sus pensamientos y emociones, mudables como los vientos de un día para otro, sino algo que permanecía inmutable en su unidad entre la cambiante variedad de las vicisitudes de la vida mundanal.

Tan conmovido quedó el peregrino por la imagen vista en el mágico espejo, que ya nunca jamás se la borró de la memoria, y tomándola por ideal esforzándose en trasladarla del simbólico cuadro del espejo a las vívidas realidades de la acción.

La imagen destacada del fondo del espejo era la semejanza de Dios, la del hombre perfecto con la perfección del Padre, del hombre posible, aunque en aquel momento estuviera todavía muy lejos la divina posibilidad.

Amigos lectores, en múltiples ocasiones se ha enfatizado que el problema más grave que puede afrontar el ser humano, es la falta de identidad. No saber con certeza quién es verdaderamente, cuál es su origen, a dónde va, cuál su historia, cuál es su destino. Esto ha generado situaciones negativas que han redundado en el yo personal y en su relación con los demás.

El célebre escritor Claudio Marshall destacaba que todos los seres humanos llevan inmerso en su interior tres animales: un mono, un cerdo y un tigre. El hombre lleva el mono de la imitación. Le encanta imitar todo lo que hacen los demás. No es original. Esto se debe indudablemente al poderoso influjo de los medios de comunicación, propagandas, anuncios, modas, que nos van haciendo hombres en serie, de la misma manera como se hacen las cosas; pero cuando uno actúa independientemente, bajo los dictámenes de su conciencia, lo-

gra matar al mono que lleva dentro y conserva su propia identidad.

Hay otros individuos que se mueven y actúan como los cerdos. Sólo se afanan por satisfacer sus instintos y sus bajas pasiones. Su lema es el placer. Se sienten a gusto en la charca maloliente que el mundo les ofrece. Gustan de la pornografía, del comercio de sus cuerpos y del mercado del vicio. A este cerdo hay que eliminarlo dejando de beber el agua de cloaca, buscando las cosas de arriba, los manantiales de agua viva y no los pozos y cisternas agrietados.

Asimismo hay personas que tienen un tigre dentro de sí mismas. Cuando se enfadan aflora el verdugo que insulta, que ofende, que arremete, que siempre cree tener la razón y cuando se le llama la atención reacciona de una manera alocada. Hay que matar también a ese animal que tanto daño causa al género humano.

Estimados lectores, el hombre nació para ser grande. Aun los más depravados, degenerados y crueles, tienen a veces, algún rasgo de nobleza. Esos vestigios que nos quedan de la imagen de Dios prueban nuestro origen superior y como consecuencia lógica, un destino superior. Es preciso mirarse en el espejo mágico del alma, donde está escrito el propósito que tuvo Dios al ponernos en existencia y veremos allí reflejada nuestra identidad.

LA MIRADA IGNORANTE SIEMPRE VE LO QUE NO HAY

Se cuenta que en cierta ocasión un hombre visitó una feria. El desconocía lo que era un espejo y cuál era su función. En un puesto de la feria vio algo brillante y al acercarlo a su rostro creyó ver allí la imagen de su padre.

Acto seguido compró aquel espejo y se lo llevó a su casa. Decidió guardarlo sigilosamente en un cofre, sin decirle absolutamente nada a su esposa. Todos los días se escapaba misteriosamente para ir al lugar donde escondía el cofre. Lo abría y viendo su propia imagen, se solazaba contemplando lo que él pensaba era la imagen de su padre.

La esposa advirtió las visitas sigilosas de su esposo. Cierta día decidió seguirlo hasta detectar el sitio misterioso y observar lo que su cónyuge hacía. Cuando su marido abandonó aquel lugar, ella se apresuró a abrir el cofre y cuál no sería su sorpresa al ver en el espejo el rostro de una mujer, que obviamente era su propia imagen. Indignada fue en busca de su marido para echarle en cara su supuesta infidelidad, pues según ella, ocultaba a una mujer en el cofre.

El esposo insistió una y otra vez que era su padre lo que guardaba en el misterioso cofre. Ningún argumento convenció a la iracunda esposa, hasta que llegó de visita a la casa una religiosa que apreciaba entrañablemente a la pareja.

Ella se ofreció mediar en el conflicto y acudió inmediatamente al sitio donde

permanecía el cofre. Cuando lo abrió observó en el espejo su propia imagen y llamó a la pareja para decirles: "Allí no hay ni un hombre ni una mujer. Solamente veo a una monja".

Amigos lectores, es indudable que la mirada ignorante siempre advierte lo que no hay. Cada uno puede verse en cada cosa a sí mismo como en un espejo. Las cosas que se observan siempre serán el espejo de uno mismo.

Creo que fue un filósofo oriental quien puntualizó que: "Todo lo que somos es el resultado de nuestros pensamientos; está basado en nuestros pensamientos y es creado por nuestros pensamientos". El mundo será lo que seamos cada uno de nosotros. Y en efecto, de la misma manera como los acontecimientos que se van suscitando en la vida diaria son revestidos con el velo de nuestros pensamientos, en forma análoga ocurre con las personas y el ambiente que nos circunda. De ahí que donde alguien advierte dinamismo, capacidad, entrega, otro solamente puede ver un repugnante estancamiento, incapacidad y falta de compromiso.

El tipo que es desconfiado, piensa que los demás también lo son. El que se acostumbró a una vida de mentiras y de engaños, tiene un patrón enraizado en su mente imaginando que no es ningún bobo para tragarse el cuento de que exista alguien que siempre hable con la verdad. El que amasó su fortuna a costa de trapiondas, duerme con una pistola bajo la almohada pensando que quienes lo rodean son forajidos dispuestos a robarle su dinero. El que lleva una vida disoluta, cree que los demás también son licenciosos y piensa que la santidad es puro hipocresía. El conflictivo estima que todos los demás viven experimentando conflictos. En cualquier circunstancia y en muchos lugares es frecuente encontrarse con personas impositivas y autoritarias que endilgan a los demás la dictadura de sus actuaciones por la simple razón de que no se les ha permitido imponer sus desquiciadas apreciaciones.

Con enorme razón, concreción y plasticidad la sabiduría popular ha expresado con lenguaje metafórico: "Cree el ladrón que todos son de su condición", y "Cree el fraile que todos son de su aire". Efectivamente, los más criticables son los más criticones. Tienen ojos de lince para descubrir en los otros sus propios defectos.

Las personas positivas, veraces, llevan en su interior pensamientos armónicos y miran a los demás con amor. Aquel que es honrado jamás sospechará que el otro es un ladrón. Aquel que se alegra de los logros de los demás, jamás dará cabida a la envidia y, aquel que haya tomado conciencia de la divinidad que hay en su interior, la reconocerá inmediatamente en quienes va relacionándose.

Hemos de clamar al Buen Dios por nuestra grandeza interior, por una profunda penetración instintiva para discernir el bien y el mal. Y entonces y solamente

te entonces seremos objetivos en la valoración de los demás y no caeremos en la actitud cobarde de colgar nuestros propios trapos sucios en los demás.

LA DIGNIDAD HUMANA

El jefe de una empresa solía expresarse de la siguiente manera: "Para mí, resulta demasiado fácil **manejar el material humano** que trabaja bajo mi dependencia. La empresa siempre se caracteriza por seleccionar las mejores **fichas**. Cuando son remitidas a mi persona **entro en contacto con ellas** buscando siempre obtener un **excelente producto**. Si los **inferiores** no rinden de la manera cómo uno espera simplemente **se los bota** puesto que lo que interesa a la empresa, fundamentalmente, es la productividad y el rendimiento económico".

Mis amigos lectores, ¿es apropiado llamar "material humano o fichas" a las personas que laboran en una empresa o en cualquier institución?. ¿Será digno "manejar o contactarse" con los seres humanos que sirven en calidad de "trabajadores"?. En las palabras de este jefe se puede advertir esa agresividad del poder despótico de quienes dicen "mandar" en sus instituciones o empresas. Y quizá de tanto escucharlas vamos aceptándolas como lo más normal del mundo. Reflexionemos un momento: ¿Acaso no son las cosas, las que se contactan y se rozan?. Nosotros las tocamos, las manipulamos, las utilizamos porque simplemente son objetos y estos no pueden comunicarse o relacionarse.

La dignidad humana es un valor personalísimo tan importante como el valor de la vida humana y esa dignidad como subraya Tiberio López, reclama en su favor un respeto profundo que es la síntesis de todos los derechos humanos. De ahí que debe manifestarse respeto por la persona en las expresiones que se emplean para referirse a ella. La persona no es una cosa y en ese lenguaje que utiliza "el jefe" cada día revela su actitud de respeto hacia la persona o simplemente esa mentalidad cosificadora.

En la vida lo más importante es el ser humano y hay que valorarlo como tal, no importa que sea un niño no nacido, un minusválido, un anciano que tiene cáncer, un joven con SIDA, un opositor o un miserable de solemnidad.

San Juan de la Cruz solía decir que un solo pensamiento de un niño es superior a todo el universo. Y es que, cualquier hombre o mujer es superior a las computadoras, a las naves espaciales, a la millonaria producción de la empresa, a las siete maravillas del mundo. Sólo que, señala Mons. Antonio Peñalosa, hemos llegado a un punto de confusión tal, que valoramos más a las cosas que a las personas. Por eso a las personas las tratamos como cosas y a las cosas como personas. Si colocáramos al hombre en el lugar supremo que le confiere su condición de hijo de Dios, su condición pensante libre y trascendente, el resultado

de este modo de concebir la vida sería una sociedad en la que imperaría el amor fraterno y en donde la justicia se impondría de una manera espontánea y natural.

Cuántas personas consideran a las cosas como lo más importante y por ello creen que el hombre no vale por ser hombre, persona, sino por lo que tiene o puede dar, de ahí que se habla de "sacar un excelente producto". Ni el hijo es un producto de los padres, sino una persona en proceso desde el **primer instante de su concepción** (pésele a quien le pese), ni el alumno es un producto del profesor o del centro educativo, sino un ser humano individual que se procesa intelectual, técnica y humanamente bajo la guía de un maestro. El ser humano es agente de su crecimiento desde el primer instante de su vida.

Es inadmisibile que el "jefe" llame a sus empleados "inferiores". Ningún ser humano es inferior a ninguno. Todos somos iguales en dignidad humana aunque no lo seamos en dignidades sociales.

Estimados lectores, el amor por la persona excluye que se la pueda tratar como un objeto. Afanémonos siempre por ser propulsores de la verdadera promoción humana y auténticos defensores de la dignidad de la persona.

EL VERDADERO ROSTRO DEL AMOR

Érase un matrimonio que afrontaba grandes penurias económicas. Ella hilaba a la puerta de su choza pensando siempre en su esposo. Todo el que pasaba se quedaba prendado de la belleza de su cabello negro, largo como hebras brillantes salidas de su rueca. El iba cada día al mercado para expender una que otra fruta que cosechaba en su humilde huerto. A la sombra de un árbol, se sentaba a esperar, sujetando entre los dientes una pipa, que más era un lujo tenerla en su boca, pues no disponía de un solo centavo para adquirir un pellizco de tabaco.

Se acercaba el día del aniversario de bodas y ella no cesaba de preguntarse qué podría obsequiar a su marido. Y, además, ¿con qué dinero?. De pronto una idea circundó su mente. Sintió un escalofrío al pensarlo, pero al decidirse su cuerpo se estremeció de gozo; vendería sus cabellos para comprarle tabaco.

Ya imaginaba a su cónyuge en aquella plaza, sentado ante sus frutas, dando largas bocanadas a su pipa: aromas de incienso y de jazmín darían al dueño del puestecillo la solemnidad y prestigio de un auténtico comerciante.

Puso en marcha su proyecto, sólo obtuvo por sus cabellos unas cuantas monedas, pero eligió con cuidado el más fino estuche de tabaco. El perfume de las hojas arrugadas compensaba largamente el sacrificio de sus cabellos.

Con el ocaso del día, arribaba su marido. Venía tarareando una canción por el sendero que conducía a su humilde vivienda. Traía en su mano un pequeño

envoltorio: eran unos peines para su esposa, que acababa de comprar tras haber vendido su vieja pipa... Se abrazaron, unas cuantas lágrimas rodaron por sus mejillas, pero rieron hasta el amanecer.

Amigos lectores, cuánta ternura y cuánto amor desborda este relato. Indudablemente el amor hace al que ama generoso, desinteresado y sacrificado por el bien del otro, no como una sucursal de su yo o como una propiedad suya, sino como distinto, como libre. Celebramos entre bombos y platillos, el día del amor y la amistad: palabras, flores, tarjetas, regalos, sorbos de vino, encargos con los que se cumple, pero no se sienten ¿Nos hemos puesto a pensar en el auténtico significado del amor?.

El amor, lo más sublime que vive y vibra en el cielo y en la tierra, se ha relegado a las bajas formas del instinto en las telenovelas y en las películas de mala calidad. La caricatura del amor, cínica o vergonzante, al que se lo ha despojado de toda su sutileza y clara belleza, porque no se ha experimentado la verdadera sublimidad, más divina que la fe y la esperanza, más humano que el placer y el dolor, más firme que la muerte, más suave que una delicada canción, más abrigador que los blancos vellones y más santificador y creador que cualquier impulso y que toda gracia.

Es tal la excelencia del amor que San Pablo lo dijo enfáticamente: "Si yo hablase las lenguas de los hombres y las de los ángeles, pero no tuviere amor, soy como bronce que resuena o címbalo que clamorea. Y si tuviese profecía y supiere todos los misterios, y toda la ciencia, y si tuviere toda la fe hasta trasladar montañas, pero no tuviera amor, nada soy. Y si gastare mi hacienda toda en pan para los pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, nada me aprovecha. El amor es paciente, es bondadoso, no tiene envidia, no se vanagloria, no se ensoberbece, no es indecente, no busca su propio interés, no se irrita, no piensa mal, no se deleita en la iniquidad, antes se complace en la verdad; todo lo cubre, todo lo cree, todo lo espera..." (1Co13, 1-7).

Amemos de corazón, no de labios ni de oído. No olvidemos lo que escribió nuestro gran poeta místico, San Juan de la Cruz: "Al atardecer de la vida seremos examinados en el amor".

EL VALOR DE LA AMISTAD

Un viejo relato narrado en el Talmud cuenta que un judío tenía tres amigos. En cierta ocasión se lo citó a un juicio para defenderse ante una acusación que pesaba en su contra. Entonces el hombre recordando a sus "grandes amigos", decidió llamarlos para que lo acompañaran hasta el Tribunal.

Al ser inquirido el primer amigo subrayó: "ni tú ni yo saldremos beneficiados

si te acompañó". El segundo amigo destacó lo peligroso que resultaría si lo acompañaba, argumentando que el Emperador podía endilgarle la culpabilidad de alguna ofensa contra la ley, y más aún, si lo veía en su compañía, inmediatamente lo involucraría con la culpa que pesaba sobre el judío. De todas maneras, cerrando los ojos a esta realidad, dijo que lo acompañaría únicamente hasta la puerta.

En cambio el tercer amigo le dijo: "No tengas miedo. Iré contigo a la presencia del Emperador. Le diré que te conozco y que tengo plena confianza en ti. Y no te abandonaré hasta que seas absuelto".

Estimados lectores, el mundo necesita de amigos verdaderos, no de amigos de circunstancia, sino de amigos como el tercer personaje de nuestra parábola. Amigos que son fieles hasta el final y que pase lo que pase, no deja que el otro se hunda en la estacada. Una amistad que se manifiesta en la gratuidad, que sólo sabe dar, que ni siquiera anhela la recompensa del cariño del otro, que siempre ofrece su ayuda, una mano para felicitar, un hombro para arrimarse, una sonrisa para animar, dispuesta siempre a sacrificar sus intereses personales, que goza con las alegrías y sufre con los dolores.

Ya el escritor sagrado en el libro del Eclesiástico fue claro en señalar: "El amigo fiel es seguro refugio, el que lo encuentra ha encontrado un tesoro. ¿Qué pagarías por tener un amigo fiel?. No tiene precio. El amigo fiel es remedio saludable y los que temen al Señor lo encontrarán. El que teme a Dios hace verdaderos amigos, pues, como es él, así serán sus amigos" (Ec 6, 14-17).

Los grandes hombres de la antigüedad solían simbolizar a la amistad mediante un joven muy apuesto, en cuyo vestido se podía leer esta frase: "Para vivir y para morir". En su frente se leía: "En invierno y en verano". Y con el índice apuntaba hacia su corazón donde se leía: "Lejos y cerca". Efectivamente, así es como actúa el amigo verdadero en la vida y en la muerte, en la pobreza y en la prosperidad, en la salud y en la enfermedad, cuando vive a nuestro lado y cuando se ausenta, aunque esté lejos "la amistad se va volviendo más fuerte". Ni la misma muerte puede quebrantar una auténtica amistad. "Los amigos, decía Cicerón, aun ausentes, están presentes; aun pobres, son ricos; aun achacosos, gozan de regocijada salud; y, lo que es más difícil de aseverar, aun muertos, están vivos.

Hay que saber elegir los amigos. Cuando una persona va a comprar un perro o un caballo, se informa con el mayor cuidado de su genealogía, sus costumbres y su carácter, mientras que se deja al azar la elección de los amigos, que tiene muchísima más importancia, ya que pueden influir en bien o en mal en nuestra existencia toda". No olvidemos lo que señala el viejo apotegma: "Dime con quien andas y te diré quién eres". Lamentablemente los buenos amigos son contados con los dedos de la mano.

Plutarco solía decir: "El que tiene mil amigos,
nunca tiene uno de más;
y el que un enemigo se hace,
siempre lo lleva detrás".

No cabe la menor duda que la pureza y la felicidad de nuestra vida dependen bastante de la acertada elección de nuestros amigos. Si la elección es mala, nos rebajarán; si es buena, nos elevarán. "Anda con los buenos y serás uno de ellos", confirma la sabiduría popular.

Imposible excluir de la vida la amistad. El mismo Cicerón subraya, que es como pretender quitar el sol del mundo, porque ningún don lo hemos recibido mejor que la amistad.

Hemos de afanarnos cada uno de nosotros por cultivar la fidelidad a la amistad como una perla preciosa, como una realidad que encumbra al ser humano.

¿Y QUÉ DE LA HONESTIDAD?

Cuenta un relato sufí, que había una vez un hombre que vivía atormentado por sus problemas. Cierta día juró que, si los solucionaba, vendería su casa y donaría a los pobres todo el dinero que obtuviera de la venta.

El Buen Dios escuchó su plegaria y los problemas encontraron una solución milagrosa y acto seguido, se dio cuenta que tenía que cumplir con su juramento, pero... no quería regalar tanto dinero, de manera que ideó una forma de eludir la situación. Puso la casa en venta valorándola en una moneda de plata. No obstante, quien comprara la casa debía adquirir un gato. El precio pedido por el animal era de diez mil piezas de plata: Hubo quien compró la casa y el gato. El hombre dio a los pobres la moneda de plata y guardó en sus bolsillos las diez mil monedas restantes.

Mis estudiantes cuando escucharon este relato exclamaron: ¡Qué bien sapo el tipo!. ¡Qué muy deshonesto!, habrían querido decir. Mis queridos amigos, quizá para muchas personas la palabra honestidad hace mucho tiempo que perdió su significado. De acuerdo con el diccionario la honestidad tiene que ver con la decencia, con la moderación de la persona en sus acciones y en sus palabras, con el recato y con el pudor, con el decoro y la modestia.

La persona honesta, según afirma ese distinguido maestro, Guillermo E. Mora G., busca permanentemente lo que es recto, honrado, razonable y justo. Jamás pretende aprovecharse de la confianza que se le ha dispensado, peor de la inocencia o la ignorancia de los demás. La persona honesta sabe muy bien que la vida ofrece múltiples oportunidades de obtener dinero fraudulentamente,

pero prefiere ganarlo con honradez, a pesar de los tremendos esfuerzos que exige este camino. No camina en pos de ocasiones fáciles ni se rinde cuando en algún lugar encuentra las arcas abiertas., aunque los demás digan que "en arca abierta el justo peca".

La honestidad, subraya el autor, es la demostración tangible de la grandeza del alma, de la generosidad del corazón y de la rectitud de los sentimientos. La honestidad es enemiga de la mentira, del hurto y del engaño, defiende a capa y espada la verdad, la honradez y el respeto, lo que permite a quien la posee mantener la frente levantada y la mirada serena. Es fácil identificar a un deshonesto que busca culpar a otras personas de sus fechorías, buscando falsos argumentos. Cuando se siente acorralada, observen su frente y su mirada.

Se ha pregonado reiteradamente que una relación sana y duradera debe fundamentarse en la honestidad. De ahí que uno como padre de familia, como maestro o como autoridad siempre espera que aquellas personas a quienes amamos o que se nos ha confiado educarlas o con quienes compartimos responsabilidades, sean íntegras en el amplio sentido de la palabra, sean veraces y honestas consigo mismas y con nosotros.

Estimados lectores, si de verdad valoramos la honestidad, es el momento de hacer compromisos concretos. Recuerde lo que hizo Franklin cuando concibió el proyecto de alcanzar la perfección moral. Reunió bajo doce nombres los valores, hizo un libro de doce páginas que tenía en su parte superior el nombre de cada uno de ellos; en cada página trazó siete columnas para representar cada día de la semana y diariamente hacía una señal con tinta para marcar Los actos deshonestos, que según su examen de conciencia, reconocía haber cometido. Puso su plan en ejecución. Y se sorprendió al hallar más faltas de las que había creído; pero tuvo también la satisfacción de ver que disminuían.

Recordemos que la valía de la existencia está constituida por la magnitud de los actos honestos que se practican, y que estos se los vive y no son objeto de competencia entre personas.

¡SEAMOS HONRADOS!

Hace días atrás concurrí en horas de la tarde a un prestigioso banco de nuestra ciudad con el fin de realizar un depósito bancario. Al llenar la papeleta equivoqué en la cantidad, había un pequeño excedente y observando al gran número de personas que hacían cola, se me ocurrió verificar hasta qué punto era honrado el recibidor-pagador que estaba atendiendo en la ventanilla. Cuando me tocó el turno, el referido empleado contó el dinero, miró la cantidad puesta en la papeleta y volvió a contar. Le pregunté si faltaba el dinero, él me res-

pondió que todo estaba correcto.

En otra oportunidad un padre de familia reclamaba muy furioso y le decía a la maestra: "Es una vergüenza, yo mando todos los días a mi hijo un lápiz nuevo y aquí se lo roban. Los maestros deben preocuparse por enseñar a sus alumnos la honradez y no es que a mi me preocupan los lápices, porque como quiera que sea yo se los traigo de la oficina".

¡Qué bárbaro!, dirán mis contertulios. Un padre de familia que exigía: "No roben a mi hijo", pero él robaba los lápices de su oficina. Tenemos que aprender a educar con el ejemplo, mis queridos lectores.

Hay un mandamiento bíblico que dice: "No hurtar". El Apóstol Pablo en su carta a los Efesios subraya: "Que el que robaba, ya no robe, sino que se fatigue con sus manos trabajando en algo útil y tenga algo que compartir con los necesitados" (Ef. 4, 28). Son tres cosas fundamentales que clama San Pablo: Integridad, laboriosidad y generosidad. Hay muchas maneras que se vive sin integridad. El robo directo, simplemente entran y roban. La prensa narra todos los días robos millonarios, robos a mano armada, asaltos. Los robos que se suscitan en los sitios de trabajo son una verdadera epidemia: se roban las grabadoras de las oficinas, cualquier objeto de valor es el blanco de las fechorías, ni los instrumentos musicales quedan al resguardo, ni el mismo teléfono en el que receptan las consabidas llamadas telefónicas se escapa de los dueños de lo ajeno que están infiltrados en las mismas dependencias donde ganan el pan de cada día.

Las ciudades están plagadas de asaltos. Los desfalcos empresariales, las malversaciones están a la orden del día. Es irónico escuchar a los jóvenes quienes manifiestan que cuando roban algo en las tiendas eso se llama "un descuento de cinco dedos".

Otra forma de robo es el trabajo apático. Si usted trabaja para alguien y no lo hace honestamente, eso es un robo. Muchas personas presumen de astutas porque trabajan solamente cuando el jefe las observa. Los más afectados somos nosotros mismos cuando engañamos con los negocios sucios, con los salarios injustos, con las apuestas para conseguir lo que a otro le pertenece.

Busquemos siempre con ahínco lo recto, lo honrado, lo razonable y lo justo. No pretendamos jamás aprovecharnos de la confianza, la inocencia o la ignorancia de otros. ¡Seamos honrados!

LA CORRUPCIÓN, UN CÁNCER QUE SE PROPAGA

Se cuenta que cierto día entró en un taller de reparaciones de automotores un apuesto caballero, quien luego de saludar muy cortésmente al mecánico y de explicarle que trabajaba en una compañía de transportes ejerciendo el car-

go de chofer, le propuso:

- ¿Qué le parece, amigo mío, si incluimos en la factura algunos gastos adicionales?. La compañía donde trabajo girará el cheque correspondiente y usted y yo podemos repartirnos las ganancias. El mecánico dio muestras de que no le gustaba la propuesta; pero el usuario del motor continuó insistiendo:

- Mire, señor, si usted acepta, le prometo venir exclusivamente a este taller en busca de sus servicios y ambos podemos sacar una buena tajada. Le aseguro, nadie se va a enterar.

El mecánico no accedía a la tentación; pero todavía el caballero no se daba por vencido y nuevamente volvió a la carga remarcando:

- Pero, ¡si todo el mundo lo hace!. No entiendo ¿por qué usted se resiste?

- Lo hará todo el mundo, añadió el mecánico con fortaleza y seguridad, pero yo no lo hago. Mi conciencia no me permite hacerlo.

Al escuchar con qué aplomo se expresaba su contertulio, el caballero sonrió y tendiendo su mano le dijo: - ¡Le felicito!. Le cuento, yo soy dueño de una gran compañía de transportes y andaba buscando un mecánico honrado y de confianza para encomendarle todo mi negocio y lo acabo de encontrar en usted. En adelante, seré el mejor cliente de su taller.

Amigos lectores, a veces tengo la impresión de que las palabras honestidad y honradez, tienden a desaparecer de la jerarquía de valores que debe adornar la personalidad de todo ser humano. Con el tristemente célebre argumento de que "¡todo el mundo lo hace!" se pretende generalizar el hecho de que todos somos corruptos. Siguiendo el ejemplo de la parábola todavía existen personas que tienen agallas y valor suficiente para vencer la tentación de caer en el fantasma de la corrupción.

Permítanme compartir con ustedes algunos criterios importantísimos emitidos en un documento por la Comisión de Control Cívico de la Corrupción, a través de la Dirección de Prevención.

Nótese que la corrupción se presenta en diferentes ámbitos, de diferentes maneras, con diferentes actores, por distintas causas, en diversos momentos, para generar: el deterioro de la moral, de la economía, de la política y consecuentemente el deterioro del desarrollo nacional. De ahí que se precise entender lo que significa "corrupción".

Este vocablo tiene diferentes acepciones, razón por la cual se le ubica en la categoría de término polisémico. Recurriendo al diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, la corrupción es la acción y efecto de corromper. Significa: alteración en escritos, vicios o abusos de costumbres. Corromper es alterar algo, echar a perder, pudrir, sobornar, seducir a una mujer, estragar, pervertir. De acuerdo con esta concepción todo acto que altere la naturaleza de

una cosa o fenómeno es considerado como corrupto, los casos irían desde un **atraso al trabajo**, el “barajarse” las horas de trabajo miserablemente sin hacer nada (que lo entiendan bien los maestros y los funcionarios públicos y privados), pasando por una mentira, hasta la **apropiación de recursos del Estado**. Esta definición deja entrever que, es una persona el agente que provoca el acto corrupto y que actúa de conformidad a su condición moral y psicológica, situación que le otorga al acto corrupto una connotación puramente individual.

De acuerdo a Stephen Morris, “corrupción es el uso ilegítimo del poder público para el beneficio privado”. “Todo uso ilegal o no ético de la actividad gubernamental como consecuencia de consideraciones de beneficio personal o político”, o simplemente “el uso arbitrario del poder”. Y así vamos a encontrarnos con definiciones que tienen connotaciones éticas, de carácter jurídico y social; pero que en todo caso resulta indeseable su existencia y factible de ser combatida con la participación social.

Frente a tantos hechos que se viven diariamente, superada la euforia mundialista, es preciso iniciar la gran campaña contra la corrupción que nos conduzca a participar en el mundial de la honradez y la honestidad.

CORRUPCIÓN Y CONCIENCIA

Necesitando entrar en sintonía con los nuevos tiempos, Satanás decidió hacer una liquidación de una buena parte de su stock de tentaciones. Difundió la noticia en los diarios existentes y pasó todo el día atendiendo en su oficina a todos los clientes que iban llegando.

Era un surtido fantástico: piedras para que los virtuosos tropezaran; anteojos para incrementar la vanidad personal y espejos que disminuían los méritos de los demás. De la pared pendían algunos objetos que llamaban poderosamente la atención: un puñal de hoja curva, para poder clavarlo en la espalda de quien resulte antipático para el otro, y también flash memories que guardaban cantidad de chismes, mentiras y habladurías.

- ¡No se preocupen por el precio!, gritaba Satanás a los compradores potenciales. – Llévenselo hoy y me pagan cuando puedan!. Uno de los visitantes notó que, en un lado de la tienda aparecían dos herramientas que parecían muy usadas y prácticamente no llamaban la atención. Empero cuando se fijó en el precio observó que era muy exorbitante. Con mucha curiosidad fue a preguntarle a Satanás: -¿Por qué algo tan gastado y viejo resultaba sumamente caro?

- Estas herramientas lucen muy gastadas por lo mucho que les estoy usando y las ubico de manera que no llamen mucho la atención porque no quiero que la gente aprenda cómo protegerse contra ellas, añadió Satanás. – Sin embargo,

continuó, ambas valen el precio que pido: una es la **SOBERBIA** y la otra es la **CORRUPCIÓN**. Pienso que las demás tentaciones a veces pueden fallar, pero estas dos están funcionando a las mil maravillas.

Efectivamente, amigos lectores, parece que en nuestro país, digno de mejor suerte, funciona a las mil maravillas el cáncer de la corrupción. En el artículo anterior hemos hecho hincapié en lo que se considera como un acto corrupto, es decir toda acción que altera la naturaleza de una cosa o fenómeno. Y decíamos que los casos irían desde **un atraso al trabajo**, pasando por las **clásicas mentiras**, hasta la **apropiación de recursos del Estado**.

¡País de corruptos!, dirían, si en nuestros sitios de trabajo se pudiera realizar intempestivamente un chequeo de la asistencia del personal que allí labora. Si se pudieran localizar las intimidades como se detectan con suma facilidad las enfermedades ante una ecografía. Si se detectaran todas las conversaciones entre “amigos del alma”. Si se airearan todas nuestras visitas. Si se contabilizaran todas nuestras salidas. Si se registraran todos nuestros pensamientos. Si se filmaran todas nuestras andanzas y fanfarronerías en las que nos involucramos. Si se pudiera tomar una instantánea del corazón entero. Si hubiera una ley que obligue a publicar las compras y gastos públicos en el Internet.

Con justa razón nuestros Obispos en su Carta Pastoral “corrupción y conciencia cristiana” subrayan: “La corrupción ha acompañado la historia de la humanidad, pero en nuestros días ha alcanzado tales extremos, que los verbos derivados de su significado etimológico: descomponer, depravar, dañar, viciar, pervertir, sobornar y cohechar, no parecen suficientes para describir plenamente este cáncer de la sociedad, convertido en anticultura generalizada. La corrupción constituye un fenómeno político, social y económico a nivel mundial. Es un mal universal que corroe las sociedades y las culturas; se vincula con otras formas de injusticia e in-moralidades, provoca crímenes y asesinatos, violencia, muerte y toda clase de impunidad; genera marginalidad, exclusión y miedo, mientras utiliza ilegítimamente el poder en su provecho... Se liga al narcotráfico, al comercio de armas, al soborno, a la venta de favores y decisiones, al tráfico de influencias, al enriquecimiento ilícito... La corrupción refleja el deterioro de los valores y virtudes morales, especialmente de la honradez y de la justicia...”

No podemos consolarnos frente al polucionado ambiente en el que se vive puntualizando que no hay nada qué hacer porque es un mal universal. Hay que declarar la guerra a este fatídico mal, trabajar mancomunadamente con los organismos que buscan poner coto a este flagelo. El trabajo debe ser de todos, partiendo del testimonio de vida que den los líderes y propendiendo a la siembra y al cultivo de los valores.

LA VERDAD HA TROPEZADO

Cuenta el fabulista Esopo que había un pastor que solía llevar su rebaño bastante lejos de la aldea, gozaba haciendo la siguiente broma: se ponía a gritar pidiendo auxilio a los aldeanos diciendo que los lobos atacaban a sus ovejas. Dos o tres veces los de la aldea se asustaron y acudieron con la prontitud que el caso exigía, retornando siempre burlados; pero al final ocurrió que los lobos se presentaron de verdad. Y mientras su rebaño era atacado, el pastor se desgañaba pidiendo auxilio, los aldeanos no hicieron caso, pues se imaginaron que se trataba de otra de sus bromas pesadas. Y así ocurrió que se quedó sin ovejas.

La fábula nos muestra que los mentirosos sólo ganan una cosa: no tener crédito aún cuando digan la verdad. Con esto se cumple lo que dice aquel adagio popular: "En la boca del mentiroso lo cierto es dudoso".

Estamos sumergidos en un mundo donde la palabra del hombre va significando poca cosa, ya sea en un contrato matrimonial, en un contrato de negocios o en una conversación cotidiana. Lo cierto es que si no aprendemos a vivir bajo el imperio de la verdad, tendremos que afrontar tremendas consecuencias.

El otro día dialogaba con un colega y él subrayaba una frase que nos cuestiona a todos: "¡Todo el mundo miente!": Mienten nuestros gobernantes, mienten los padres de familia, mienten los hijos, mienten los maestros, mienten los alumnos, miente el comerciante, mienten las propagandas, etc. , etc. Luis Martínez de Velasco manifiesta que las tres turbinas propulsoras de los mentirosos, aunque con las adaptaciones propias de la edad, son las mismas en los grandes y en los chicos: la vanidad, la cobardía y la avaricia. El fabricante que presenta su producto como "nuevo" es un embustero. Y lo mismo quien asegura "que hará lo posible" o que el jefe "ya mismito vuelve", o que "se le pinchó la llanta del carro" y por eso llega atrasado, o que la dirección se encuentra "aquisito no más", o cuando suena el timbre o el teléfono de la casa y el papá dice a su hijo: "dile que no estoy aquí" y el pobre muchacho acude con prontitud para manifestar: "dice mi papi que no está aquí". Con este panorama, mis queridos lectores, parece que la verdad pretende ser desechada.

Por eso Jesús clamaba al Padre diciendo: "santificalos en la verdad". Y es que la verdad ha de decirse siempre, pero sólo a quien se debe, cuando se debe y como se debe, ya que esta virtud no puede soslayar a la prudencia.

Miles de años atrás el profeta Isaías puntualizaba: "El derecho se retiró, la justicia se puso lejos porque la **verdad tropezó en la plaza** y la equidad no pudo venir" (Is 59,14). Esto significa un embotellamiento de tránsito. Allí están la equidad, la justicia y el derecho, ¿por qué? Porque la verdad tropezó y porque ella tropezó el derecho, la justicia y la equidad no pueden pasar.

Pero, ¿cómo tropezó la verdad?. Ella fue pateada por los políticos deshonestos. Ha sido anestesiada por todos aquellos que han emitido moneda falsa en el intercambio humano. Le pusieron zancadilla gobernantes, maestros, padres de familia, alumnos, etc.

Ustedes se preguntarán, estimados lectores, ¿y ahora cuál es nuestro trabajo?. Pues, hay que poner de nuevo la verdad en pie, hay que promocionar el amor a la verdad y vivir el mandamiento: "No levantar falso testimonio ni mentir".

DE PASQUINES Y CALUMNIAS

Se cuenta que los atenienses: Anito, hombre poderoso y popular; Melito, orador y pésimo poeta, y Licón, orador político; ebrios de la envidia por la fama que tenía Sócrates, se unieron contra él y lo acusaron calumniosamente ante el tribunal de los Quinientos argumentando que con su doctrina corrompía a la juventud y además que trataba de introducir divinidades nuevas, cuando realmente lo que demostró con valentía y con suficientes argumentos nuevos, fue la existencia de un Dios, de una Divinidad y la inmortalidad del alma.

La calumnia, como casi siempre sucede, produjo su efecto. El pueblo de Atenas se alarmó. Sócrates rehusó defenderse de su falsa imputación, y a pesar de su inocencia, el Areópago lo condenó a morir envenenado bebiendo el jugo de la cicuta. Mientras estuvo en la prisión, sus amigos le ofrecieron medios para evadirse, que él rechazó por no desobedecer las leyes. Llegado el día fatal, antes de beber la copa de la cicuta, el gran Sócrates, pronunció estas palabras frente a los jueces del tribunal: "Sólo una gracia quiero pedir, y es que cuando mis hijos sean mayores, los hostigúis, los atormentéis como yo os he atormentado a vosotros, si veis que prefieren las riquezas a la virtud, o se creen algo cuando no son nada. No dejéis de sacarlos a la vergüenza, si no se aplican a lo que deben aplicarse, o creen ser lo que no son, porque así he obrado yo con vosotros. Si me concedéis esta gracia, tanto yo como mis hijos, no podremos menos que alabar vuestra justicia".

Finalmente, con lágrimas en los ojos apuró el veneno, expirando a los pocos minutos. Apenas se murió se operó una reacción en el sentimiento público, y los atenienses pidieron cuenta a los acusadores de la víctima inocente que habían hecho inmolar. Melito fue condenado a muerte, muchos de los jueces fueron desterrados y otros se suicidaron por no poder soportar el peso de los remordimientos.

Amigos lectores, cuánta verdad enseña este pasaje de la vida de Sócrates. El fragor de las campañas electorales, las enemistades van marcadas por la proliferación, pasquines y calumnias donde el lector ha podido advertir hasta dón-

de es capaz de llegar la ruindad humana, que escudándose en el anonimato, es capaz de poner en tela de duda la conducta y el honor de los demás, con el único objetivo de perjudicarles en la opinión pública o causarles cualquier daño en cualquier sentido.

El calumniador cegado por el odio y las bajas pasiones puede generar los mayores males sin importar el desprestigio o la ruina y desolación que puede causar a nivel personal, familiar o social. Por ello la calumnia siempre ha sido considerada como un crimen que debe ser sancionado ejemplarizadamente.

Siempre nos encontramos con cierto tipo de personas ligeras y muy locuaces para soltar la lengua o para llevar al papel su ruindad moral sólo por el hecho de que "el papel aguanta todo". Son esas cabezas huecas y esos corazones mezquinos cuyos protervos fines pueden tener raíz en la envidia, los celos, que son frutos del amor propio que busca "todo para sí, nada para los demás". Que no amen sino a mí, que no elijan sino a mí, que nadie tenga autoridad, sino sólo yo. Y obviamente para lograrlo no tienen el menor reparo en rebajar y denigrar a los demás.

Por ello Sócrates suplica a sus detractores que sus hijos sean reconvenidos públicamente cuando no practiquen la virtud, cuando prefieran el tener al ser, cuando funjan de algo que verdaderamente no lo son. Que es preciso sacarlos a la vergüenza pública si no viven rectamente, así como él ha tenido la valentía de obrar con su testimonio de vida.

Estimados lectores, no olvidemos el gran reto que tenemos los padres de familia y los maestros de educar con el ejemplo. Solamente la enseñanza y el ejemplo en la dirección moral y espiritual generarán impresiones duraderas en la conciencia de quienes vienen detrás de nosotros.

¡ADELANTE, LOS FUERTES!

Antoine de Saint – Exupéry, el famoso autor del Principito, en una serie titulada "Sentimiento y amor de Dios", narra la historia de Guillaumet, aquel hombre que, luego de un accidente aviatorio, muy a pesar de anhelar "la muerte blanca", experimenta una fuerza irresistible para aferrarse a la vida. El autor lo cuenta penetrando en la mente del protagonista y dialogando con él.

Dicen que la muerte blanca, la muerte por congelación, es una muerte dulce: entra una especie de sopor, lleno de sensaciones agradables en las que uno se encuentra, incluso optimista... y entre dos sueños se escapa el alma. Guillaumet, lo sabía. No le costaba nada dejarse estar, recostado sobre el suelo helado, no levantarse después de una caída, decir ¡ya basta, se acabó!, y no volver a intentarlo de nuevo. Tenía además un montón de excusas a su favor: desconocía

el camino, no sabía si el esfuerzo que estaba haciendo le serviría de algo. Su avión, llevado por la tormenta, se había posado junto a la laguna Diamante, sobre la vertiente chilena de los Andes, en un embudo flanqueado por uno de los lados por el volcán Maipú, de seis mil novecientos metros de altura. Solo, perdido, derribado a cada paso por la tormenta, en una zona de la que se decía: "Los Andes, en invierno, no devuelven a los hombres". Los golpes, la fatiga y el cansancio han hecho mella en su cuerpo.

"He hecho lo que he podido y ya no tengo esperanzas, ¿por qué obstinarse en este martirio?. Te bastaba cerrar los ojos para lograr la paz en el mundo. Apenas cerradas esas milagrosas pupilas ya no habrá ni golpes, ni caídas, ni músculos desgarrados, ni quemantes hielos, ni ese peso de la vida que hay que arrastrar cuando uno va como un buey y que se vuelve más pesado que un carro. Ya gustabas ese frío transformado en veneno y que, semejante a la morfina, te colmaba ahora, de felicidad.

Nuestro hombre entra dentro de sí mismo y piensa en su esposa, en sus hijos, en sus compañeros. ¿Quién podrá mantener a esa familia que le aguarda en algún lugar de Francia si él se muere?. De ninguna manera podía fallarles. Si todos ponen su confianza en mí, sería un canalla si no camino. Imbuido de una admirable fortaleza emprende la caminata. Cada vez que se caía repetía estas palabras: "Si creen que vivo, creen que camino, y soy un canalla si no sigo".

Cuando lo encontraron, su primera frase inteligible, llena de orgullo, fue: "Lo que hice, te lo juro, ningún animal lo hubiera hecho".

Ciertamente, estimados lectores, Guillaumet tenía razón: "ningún animal lo hubiera hecho", porque sencillamente ellos carecen de voluntad, no saben de amor y únicamente les mueve el instinto. Y los instintos son ciegos, como son ciegos los sentimientos cuando no están orientados por la razón. Tanto más fuertes seremos, cuanto más reconozcamos nuestra debilidad.

La fortaleza es el valor en la prueba, la calma en el peligro, la paciencia en la adversidad y en los dolores. Consecuentemente reside en la voluntad. Por la fortaleza aparecen las almas ardientes en el amor, generosas, infatigables ante sus decisiones, intrépidas en los esfuerzos, incorregibles en la confianza e insensibles en el celo.

Existen dos actos que están inmersos en la fortaleza: soportar y emprender. Soportar la lucha, las pruebas y la multiplicidad de situaciones que advienen en el mar tormentoso de la vida; pero emprender resueltamente el combate con un corazón libre de ataduras. El corazón libre, corre, vuela al combate, al sacrificio y aun a la muerte. El corazón encadenado languidece en una desoladora mediocridad. La mariposa es bella cuando vuela libremente por los aires. Si se le cortan las alas, no es más que un repugnante gusano. No seamos de aque-

llos que se emocionan con las primeras piedras y luego se desinflan. Grandes ímpetus, deslumbrantes proyectos, elevados ideales, si no hay constancia, todo queda en magníficas intenciones. No hay nada más triste que una persona insegura, vacilante, que no sabe ni elegir su carrera, ni lo que piensa realizar mañana, siempre sumergida en la duda.

Sea nuestro propósito firme, amigos lectores, cultivar la fortaleza con esa fe robusta que da flores de profundas convicciones, resistentes a todo oleaje de duda y sofismas. Hay que permanecer en pie aun a trueque de dejar jirones en esa actitud.

¿ALGUIEN DIJO QUE NO?

Había una vez dos niños que patinaban sobre una laguna helada. Era una tarde nublada y fría; pero los niños jugaban sin preocupación. De pronto, el hielo se reventó y uno de los niños cayó al agua, quedando atrapado. El otro niño, viendo que su amigo se ahogaba bajo el hielo, tomó una piedra y empezó a golpear con todas sus fuerzas hasta que logró romper la helada capa, agarró a su amigo y lo salvó.

Cuando llegaron los bomberos y vieron lo que había sucedido, se preguntaban cómo lo hizo, pues el hielo era muy grueso.

-Es imposible que lo haya podido romper con esa piedra y sus manos tan pequeñas, se decían unos a otros.

En ese instante apareció un anciano y dijo: - Yo sé cómo lo hizo.

-¿Cómo?, inquirieron todos los presentes.

- No había nadie a su alrededor para decirle que no podía hacerlo.

Efectivamente, mis queridos lectores, es increíble lo que puede hacer el ser humano, sólo con que haya aprendido a querer con decisión y constancia. Hay un gigante que duerme en cada uno de nosotros. Hay grandes fuerzas que permanecen ocultas. Consecuentemente toda misión, toda empresa, tiene que comenzar con este pensamiento: "Conseguiré con toda certeza este fin". Hay que aprender a decir "quiero" y no un ineficaz "quisiera". En el retrato de los grandes hombres podrían inscribirse estas dos palabras: "Supo querer".

Todo es posible cuando nos proponemos conseguirlo. ¡Si se puede!, ha sido la consigna de los triunfadores. No faltarán los agoreros del desastre que van a salir al paso para desanimarnos, pero hay que salirles al paso con la frente erguida, sin amilanarnos, recordando lo que dijo con sapiencia un poeta:

"Alguien dijo que no, que no se podía;

más él con risita ahogada replicó:

¡quizá no!, aunque él no lo diría,
sin haberlo probado.

Se lanzó a trabajar sin pensarlo más
si vaciló, demostrarlo no quiso
se puso a cantar y emprendió con afán
lo que no se podía. ¡Y lo hizo!.

¡Imposible!, burláronse los compañeros,
pues nadie lo ha hecho hasta ahora;
pero él se quitó su chaqueta y sombrero
y empezó a trabajar sin demora.

Animoso y tenaz, con alegre ademán
sin flaquear, ni mostrarse indeciso
se puso a cantar y emprendió con afán
lo que no se podía, ¡Y lo hizo!.

Miles habrán que dirán: ¡No se puede!
y augurarán tu fracaso,
miles habrán que muy bien te recuerden
los peligros que hallarás a tu paso.

Pero tú, sé audaz, animoso y tenaz
y lánzate con alegría,
comienza a cantar, sin pensarlo más
y harás lo que no se podía”.

LA INCOMPREDIDA LIBERTAD

En cierta ocasión un turista visitó al famoso rabino polaco Hofetz Chaim. Se quedó perplejo al constatar la sencillez en la que vivía: una habitación repleta de libros, una mesa y una banqueta desvencijadas conformaban todo el mobiliario que existía en el inmueble.

Rabino, ¿dónde están tus muebles?, inquirió el turista. ¿Dónde están los tuyos?, replicó, el maestro. -Cómo tú comprenderás, añadió el turista, yo únicamente soy un visitante..., estoy aquí de paso. -Lo mismo que yo, puntualizó el sabio rabino.

Efectivamente el sabio maestro había entendido lo que significa ser libre: vi-

vir sencillamente sin aferrarse a nada en absoluto.

¿Qué es la libertad?, preguntó en el Senado italiano ese político fascista Benito Mussolini. Este ciudadano nunca entendió lo que era la libertad. Libertad era lo que a él le faltaba, esclavo de su desmesurada ambición, sujeto a las cadenas del sensualismo y de la efímera gloria humana. Libertad era lo que él arrebató criminalmente a su pueblo ofreciéndole demagógicamente un bien mayor. Libertad es el derecho de ser hombre ante cualquier otro hombre y a conquistar el bienestar sin impedimentos arbitrarios.

La mayoría de seres humanos se creen libres porque sencillamente pueden hacer lo que les da la "regalada gana". Nuestros jóvenes estudiantes suspiran manifestando: ¿Cuándo podremos ser libres?, porque anhelan liberarse de toda sujeción, porque quieren hacer lo que ellos desean, donde sea y cuando sea. Lo que ansían nuestros muchachos es una caricatura de la auténtica libertad espiritual.

La libertad es uno de los dones más preciosos que Dios ha otorgado al hombre. No es la mera posesión de la libertad lo que hace que la vida sea enteramente satisfactoria. Lo que decimos hacer con nuestra libertad es precisamente lo que determina si hemos de hallar paz con nosotros mismos, con los que nos rodean y con Dios.

La libertad del hombre no está al nivel del cuerpo sino al nivel del espíritu. Aunque en este momento alguien se encuentre paralizado completamente en una silla de ruedas o recluido en la celda de una prisión, esa persona puede permanecer completamente libre porque nada ni nadie puede aprisionar su espíritu. La barca de nuestra vida no puede bogar si una sola amarra la ata a la orilla. El globo "cautivo" que sostienen en la mano, no se lo echa a volar libremente si un solo hilo lo mantiene sujeto.

No alcanzaremos la libertad mientras estemos atados sea a una sola cosa o a una sola persona. Observemos a aquellos amigos que han fincado su felicidad o su desdicha en una cosa o en una persona. Han experimentado un apego excesivo, se aferran a ello y tienen obsesión por conseguirlo. ¿Cuántos apegos tiene usted en su vida amigo lector?. ¿Está apegado al sexo, al dinero, al licor?. Usted no nació con esos apegos. Ellos brotaron de la mentira que la sociedad secularizada y la cultura imperante le contaron o de una falsedad que usted mismo inventó pensando que sin esa cosa o sin esa persona no sería feliz. Hay miles de personas que son felices sin esa cosa o sin esa persona. Así que usted elige entre su apego, su libertad y su felicidad.

Como se dará cuenta mi estimado lector, usted es el que se ha atado a las cosas y se entrega a ellas como un esclavo. Cuantas más mujeres se solace en poseerlas, cuantos más negocios tenga en la oficina, cuantos más CD tenga en su discoteca, cuantos más vehículos disponga, cuanto más dinero tenga en su bi-

lletera, más difícil le será ser libre, porque dispone de más ocasiones de estar "sujeto".

La cualidad de su libertad, aumenta con la cualidad de la voluntad a la que se adhiere. Si se somete a la voluntad de su instinto, tiene una "libertad" de animal salvaje. Si se somete a la voluntad de su sensibilidad, de su imaginación, de su orgullo, de su prepotencia, de su egoísmo... tiene una libertad de hombre limitado por el pecado. Si se somete a la voluntad de Dios, tiene una libertad de hombre divinizado, la verdadera libertad de hijo de Dios. No olvidemos lo que señala la Escritura: "...Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad". (2Co3, 17).

LA BULLADA EDUCACIÓN SEXUAL

En cierto anuncio televisivo se advierte, cómo una madre de familia, ante la salida nocturna de su hija, le pregunta que si no se le ha olvidado nada. La hija responde que no, que tiene en regla todo lo que necesita: el celular, las llaves de casa, la cartera, el dinero. Al final, y con mirada de "estoy en todo", la hija saca un preservativo y se lo muestra a la madre, poniendo las dos un gesto de quedarse tranquilas, un gesto de "menos mal, vas a estar protegida".

Por supuesto, amigos lectores, la conclusión es lógica, la muchachita va a tener relaciones sexuales con su novio, con un amigo, o con quien se le ofrezca en la velada. Obviamente que la señorita no está casada porque vive con sus papás y no tiene pareja estable; pero lo que llama la atención sobremanera es la cara de felicidad de la madre y la tranquilidad que experimenta al ver el preservativo en la mano de su hija.

La preguntas saltan a la vista: ¿Qué clase de educación brinda esta madre a su hija?, ¿Considera a la sexualidad como un valor o como un placer?. No somos retrógrados, ni moralistas, ni fundamentalistas; pero hay que reconocer que hablar de sexualidad no es nada fácil, pues ella está enraizada en las realidades más hondas de nuestra naturaleza. Obviamente que hay que hablar con claridad, sin tabúes, pero sin quitarle sus VALORES, pues es parte integrada en un ser integrado. Si se ha dicho que el hombre no es fin de sí mismo, el sexo tampoco lo es.

La educación cobija la suma de muchos esfuerzos de todos los gobiernos, de los padres de familia, de los profesores, de los medios de comunicación y de los mismos estudiantes. Cuando tenemos tejas, arena, cemento, ladrillos, todo lo necesario para una casa, aún no tenemos la casa. Los ladrillos solos no constituyen la casa. Sólo los profesores no logran realizar la educación. Si unimos nuestros esfuerzos, integrando a todos en la tarea de construir al ser humano en el equilibrio de la madurez, en la alegría de la convivencia pacífica, con mente y corazón abiertos a las realidades, la humanidad creará más entrañas de

amor y menos entrañas de posesión.

La educación siempre apunta a la construcción del ser humano en todos los aspectos: físico, intelectual, moral y espiritual, en relación consigo mismo y con los demás. Ya lo dijo Somersert Maugham: "Los hombres y las mujeres no sólo son ellos mismos, son los padres que tuvieron, las escuelas a las que asistieron, la región donde nacieron, los juegos que jugaron de niños, los cuentos que escucharon a los ancianos, los alimentos que comieron, los poemas que leyeron y el Dios en el que creyeron". Si hablamos de educación sexual, esta tiene que estar revestida de valores, que busque alejar a los jóvenes de la sexualidad prematura, con un proyecto de vida a futuro, tal como lo recalcan quienes defienen los textos con los cuales se pretende impartir la referida enseñanza

No olvidemos aquel Acuerdo ministerial que dispuso que "en todo lugar público se debe instalar dispensadores que contengan preservativos. Que los propietarios de bares, salones, cantinas, salas de juego y lugares de diversión donde concurren mayores de edad y "menores adultos", así como en los establecimientos de educación superior, se debe vender preservativos". ¿Dónde están los valores que se quieren inculcar?

José Luis Martín Descalzo, como lo dije en cierta ocasión, sonreirá con sorna desde su tumba ante esta disposición, pues el solía subrayar que la única educación sexual que se nos ocurre es evitar las consecuencias de su uso desordenado. "Una educación sexual, sostenía este ilustre sacerdote español, tiene que empezar por despertar en el adolescente y en el joven cuatro gigantescos valores: la estima de su propio cuerpo, la estima del cuerpo de la que será su compañera, la valoración de lo que significa el acto sexual y el aprecio del fruto que saldrá de ese acto sexual. ¿Qué se puede pensar de una educación sexual que, olvidando todo esto, empieza y termina dando soluciones para evitar los riesgos, devaluando con ello esos cuatro valores?". ¿Cómo detenerse en medio de una cascada que se precipita?

Urge, por lo tanto, una auténtica educación sexual. Urgen ideales de belleza, de verdad, de pureza. Urge una educación de la castidad, que en gran parte es educación del corazón y un problema de Amor con mayúscula.

SOBRE LA PUREZA

Se cuenta que el escultor alemán Juan E. Dannecker demoró ocho años para terminar su célebre escultura de Cristo. La parte que le demandó más tiempo y esfuerzo fue el rostro del Maestro. Pero una vez concluida, la obra le produjo gran satisfacción. La expresión del rostro de Jesús reflejaba una maravillosa combinación de pureza, de amor y de compasión.

Poco tiempo más tarde, se le ofreció a Dannecker la oportunidad de modelar una nueva obra de arte. Se trataba de la estatua de la diosa de la belleza y la voluptuosidad: Afrodita. Se le pidió que la representara en toda su desnudez, exhortando a los hombres a la "prostitución sagrada", tal como se lo hacía en los templos del ámbito mediterráneo dedicados a su culto y que eran atendidos por cortesanas o por hieródulos (hombres disfrazados de mujer).

Al famoso escultor se le ofreció una apreciable suma de dinero. Sin embargo la respuesta del escultor fue categórica: "NO, después de haber contemplado durante ocho años el dulce y puro rostro de Jesús, jamás podría dedicar mi atención a cincelar a una diosa pagana".

Ciertamente, apreciados lectores, el destacado artista no daba crédito a aquella propuesta de unir en su mente la imagen de Cristo con otra diametralmente opuesta, pues la imagen de Cristo llenaba su alma. Y efectivamente cuando nuestros pensamientos están fundamentados en valores superiores de la vida, todo lo impuro, lo engañoso, lo perverso, lo frívolo y lo mundano, pierden interés, aunque se ofrezca una tentadora retribución económica.

La palabra "pureza", en la lengua original griega, tenía varias acepciones. Se la empleaba para señalar algo que no estaba adulterado o mezclado con alguna cosa extraña, como el oro puro que no ha sido combinado con ningún otro metal, o como la leche que no ha sido mezclada con el agua. También se la utilizaba, a veces, para destacar algo que ha sido purgado de lo erróneo de forma que puede ser usado para lo bueno. En forma semejante cuando decimos que tiene "pureza de corazón", quiere decir que estamos listos para vivir las virtudes que permiten elevar el espíritu.

La pureza fue una virtud traída desde el cielo y transplantada en este valle comenzó a florecer en medio del fango que nos rodea. El Divino Maestro de Galilea preconiza bienaventuranza para los que tienen pureza de corazón, siembra la pureza, vive la pureza, la protege prodigándole múltiples cuidados, la ama y la hace florecer magníficamente.

Y es que la pureza eleva la mente. El alma pura posee alas, es transparente. El libertino jamás podrá elevar su mente porque lleva consigo una pesada vestidura de carne. La pureza eleva el corazón, pues los puros de corazón saben que la medida del amor es amar sin medida. "Nada más frío que el amor de un corrompido", decía Lacordaire. Esto se explica porque la mejor parte se encuentra inmersa en el fango y en las pasiones que lo arrastran.

Cuando uno mira la charca putrefacta, mira el lodo en el fondo, pero limpio y terso, con facilidad y lleno de fruición contempla perfectamente, retratada allí como en límpido espejo la pompa serena y silenciosa de un cielo azul. Sin embargo cuando se hunde la mano o sacude con su bordón el lodo del fondo, ya

no se retrata el cielo. Todo es negro y maloliente como el lodo que se removió. Así es nuestra alma, cuando la conciencia está tranquila, es limpia, confía, cree, espera y ama. Pero hunda la mano o permita que el bordón de las pasiones sacuda aquel fondo esquivo del alma y entonces aflorará el lodo de las impurezas y allí ya no se reflejará el cielo.

La pureza eleva al mismo cuerpo, porque es un principio evidente: domadas las pasiones más fuertes, se puede vencer a las demás. "Soy fuerte porque soy puro", gritaba a flor de labios Ricardo Corazón de León. Cuántas personas dominadas por los vicios, ofrecen el triste espectáculo de una vejez prematura cuando apenas frisan los veinte años de edad.

Para vivir la pureza no se necesita estar metido dentro de un hábito o recluso en un monasterio, o aparentar carita de ángel. Se necesita ser hombre auténticamente para tener la valentía de huir de las ocasiones, de cultivar la humildad, de vigilar nuestras miradas, de custodiar el corazón. La pureza y la felicidad todavía son posibles, si aprendemos a luchar constantemente contra los tormentos y furores de la voluptuosidad y contra la lava de la concupiscencia.

DETRÁS DEL PLACER DE BAILAR

Quién no recuerda a Ulises, aquel héroe de la mitología griega, viajero por excelencia. Era hijo de Laertes, rey de Ítaca, una isla separada por un estrecho de la de Cefalonia. Había contraído nupcias con Penélope de cuya unión nació un hijo: Telémaco.

En la guerra de Troya, Ulises intervino más en acciones diplomáticas que en acciones guerreras. Destruída Troya, embarcó para Ítaca y entonces inicia su gran aventura, aquel periplo que duró diez años. Las peripecias del viaje, su odisea, son muy conocidas: la forma como venció al ciclope Polifemo, su permanencia en la isla de Circe, los siete años que pasó en otra isla con la ninfa Calipso, con la que procreó dos hijos; la forma cómo consiguió hacerse invulnerable al canto de las sirenas y que a Alcino, el rey de los Feacios, le relató de la siguiente manera: "las sirenas son unas ninfas que cantan maravillosamente y hechizan a los que se detienen a escucharlas. El que se deja atraer por ellas corre a una muerte segura, y en la orilla de las islas se amontonan las osamentas de muchos que han sucumbido. Cuando llegamos a la vista de la isla el viento amainó y mis hombres tuvieron que usar los remos. Entonces comprendí que empezaba el peligro y cumplí todo lo que me había dicho Circe. Taponé con cera los oídos de mis hombres y yo me hice amarrar al palo mayor de mi nave. Ordené a mis hombres que si les rogaba que me soltaran, apretaran más las ligaduras. Sólo así pude escuchar sin peligro el canto de las sirenas. Era tan dulce su

voz que varias veces rogué a mis compañeros que me desataran, pero ellos cumplieron mis órdenes, sujetaron con más fuerza mis ligaduras, y no me soltaron hasta que habíamos dejado lejos la isla y no se podían oír los cantos”.

Efectivamente, mis queridos lectores, el atractivo por las cosas mundanas, precisamente se parece al canto de las sirenas que narra Ulises, que bajo la apariencia de bien conducen al hombre, si este no se opone y rechaza, a la muerte del alma. Siempre se ha sostenido que existe una fuerza en la música que puede generar comportamientos inexplicables. Shakespeare puntualizó: “La música puede calmar hasta bestias feroces”. Pero también se ha enfatizado que a través de la música se puede crear lo contrario, es decir, que es factible manipular las disposiciones de ánimo en los seres humanos. Varios parapsicólogos no descartan la relación entre fenómenos ocultos y la música que puede cambiar el estado de conciencia.

Tremenda conmoción ha causado la noticia difundida por un serio programa de la televisión donde se narra con lujo de detalles que, en ciertas discotecas del Brasil, los jóvenes desatan sus impulsos sexuales mientras bailan al ritmo de la música estridente y de los cantos frenéticos. Algunas muchachas han resultado embarazadas sin saber cuál es el papá de la criatura que han engendrado.

Sin generar sensacionalismo se ha denunciado que en algunas discotecas de Quito y Guayaquil también se cometen similares desmanes. Algunos chicos que han sido entrevistados han confesado con el mayor desparpajo que son libres de hacer lo que les da la “regalada gana”. Estos jovencitos tienen sus propias ideas de lo que es bueno y lo que es malo. Hablan de un “sistema limpio” donde el hombre puede usar a la mujer para su placer y abandonarla (gentilmente desde luego) cuando se ha terminado el juego. Así es que nada de puritanismos ni de mojigaterías. Hay que disfrutar, acariciar e “ir hasta el final”, todo el mundo lo hace así, ¿por qué no embarcarse en el coche del placer?. Este es el moderno canto de las sirenas para halagar a los oídos ingenuos.

El sexo fue ideado por Dios. El quiere que los hombres y las mujeres gocen del sexo dentro del matrimonio, pero no lo podrán disfrutar completamente, si se roban a sí mismos, sustituyendo el amor, la seguridad, el compañerismo y su calor, tal y como Dios lo planteó, por la baratura y la superficialidad de un episodio sexual prematrimonial.

Un hombre con mucha experiencia en asuntos sexuales fue el rey Salomón. El habló del sexo y lamentaba su propio uso inmoral de este don maravilloso de Dios, al escribir: “¿Puede el hombre poner fuego en su pecho sin quemarse?”. El sexo es bueno cuando se usa según la voluntad y las intenciones de Aquel que lo creó. La elección es de ustedes amables lectores.

LA PACIENCIA TODO LO ALCANZA

Una vez un hombre observó cómo una mariposa luchaba por salir de su capullo. En su opinión, lo hacía con demasiada lentitud, así que trató de ayudarla soplando sobre el capullo.

Efectivamente, el calor de su aliento sirvió para acelerar el proceso. Pero lo que salió del capullo no fue una mariposa, sino una criatura con las alas destrazadas.

Amigos lectores, en la equivocación de este hombre, ¿acaso no se advierte un error muy común en cada uno de nosotros?. Frecuentemente nos impacientamos porque no conseguimos las cosas tan pronto como anhelamos. Y en nuestro atolondramiento nos volvemos histéricos, queremos forzar los hechos de la vida, ofendemos a los que nos rodean y hasta casi empujamos a Dios.

Alguien decía que "vivir es sencillamente tener paciencia". Quien cultiva esta virtud está preparando su corazón para aquellas noches oscuras que se echan sobre nosotros y que muchas veces nos dejan desconcertados, sufridos y cansados. Los impacientes se hunden en el abismo de la desesperación, mientras que los pacientes dan pasos de gigante en la lucidez y el coraje. Una roca en medio de las olas. Las ondas furiosas se desarmen a sus pies; los vientos la flagelan; las tempestades arrecian... pero, observe a la roca impertérrita, tanto cuando sopla el viento huracanado, como cuando sopla la brisa y el sol brilla sobre sus crestas. Esa tiene que ser precisamente, la imagen del hombre paciente; pero... cuán difícil encontrar una persona que sea así.

La paciencia es una virtud que exige, que demanda un valor a toda prueba; una voluntad muy firme que no le permita caer o sucumbir en lo superficial. Con ella nos dominamos, nos elevamos hasta las mismas cumbres de la santidad y del heroísmo.

San Agustín solía decir que "la paciencia es una virtud que nos hace soportar los dolores y las contrariedades con calma y sin quejas". ¡Cuántos disgustos nos ahorraríamos si fuéramos pacientes! ¡Cuántos disgustos serían menos amargos! ¡Cuánta paz y cuántos méritos se conquistarían para el cielo!

Una vieja sentencia persa reza así: "La paciencia es un árbol de amargas raíces, pero de dulces frutos". Es una mezcla de aguante y de enfrentamiento. No es pasividad. No es resignación. La verdadera paciencia no deja las cosas para mañana, quiere producir inmediatamente, los frutos posibles de los tiempos negros.

Si usted está enfermo, amable lector, sea paciente. Conviértase en un enfermo "fácil de llevar". No viva quejándose constantemente. Conocí amigos que adoptaron el lema: "NQJ" ("no quejarse jamás"). No sólo se nubla menos la vida

a su alrededor, sino que se constituye en un "sol para los demás".

Si usted es padre o madre de familia, con sus hijos, lo primero... paciencia, mucha paciencia,. La verdadera paciencia que deben tener los padres de familia es una mezcla de constancia, de empeño, de aguante. "Es estar a su lado sin atiborrarles; corregirles, sin irritarles; dirigirles sin cantaletearles; quererles, sin invadirles; alentarles, sin mimarles; enderezarles, sin humillarles, comprenderles, comprenderles, comprenderles". Y esto a cada instante, todos los días, todas las horas, en toda circunstancia. Eso es paciencia.

Hemos de ser pacientes con los demás, especialmente "esos otros", esos famosos otros que nos caen tan pesados, tan inoportunos, tan injustos. Cuando Sartre perdía la paciencia decía: "El infierno son los demás". Nuestras gastritis, nuestras úlceras, provienen frecuentemente de nuestras impaciencias, de la falta de tolerancia. Con inusitada irreflexión echamos a otros todo el fardo de nuestros defectos. Estamos hechos de tal manera que nos impacientamos de habernos impacientado, nos entristecemos porque nos hemos entristecido. Nos irritamos porque nos hemos irritado.

Que nuestra resolución sea entrar dentro de nosotros mismos. Examinarnos impasiblemente, asumir nuestra debilidad, nuestra deplorable miseria y tomar una enérgica resolución: "Me esforzaré por ser paciente y cada día comenzaré con nuevos bríos".

LA VIRTUD DE LA DULZURA

Cierto joven poeta llevó uno de sus sonetos a un veterano hombre de letras. El joven quería escuchar una crítica constructiva de labios del escritor. Así que el anciano maestro tomó el soneto y lo leyó una y otra vez con superlativa atención.

Por fin, añadió con suma bondad dirigiéndose al joven autor de los versos: "La métrica del soneto es perfecta, y también su estructura; el contenido, inmejorable; pero le falta sólo una pequeña cosa para que pueda semejarse a un panal de abejas. - ¿Y cuál es la cosa?, inquirió el poeta. El veterano maestro agregó: "le falta la miel, es decir algo que lo endulce".

Amigos lectores, ¿acaso no acontece similar situación en el tráfigo del vivir cotidiano?. Podemos poseer maestrías, diplomados, doctorados, cualquier gloria humana, cualquier envidiable talento, pero puede faltarnos una sola cosa, que es "todo" lo que configura la personalidad del ser humano: una dosis de humildad y de DULZURA, que lejos de envanecernos, nos haga más humanos y más afables con los demás. Alguien decía que una colmena de abejas funciona con mayor perfección que los seres humanos, para luego añadir: "cuando ob-

servo la conducta de los animales, pienso que el hombre es algo superior, pero cuando observo la conducta de los hombres, ya no sé que pensar”.

Medio kilogramo de miel representa la dulzura concentrada de 62 000 flores. Para juntar esta cantidad, las abejas deben hacer 2 700 000 viajes de flor en flor, para lo cual deben recorrer unos 8 000 000 de kilómetros. Lo que hacen las abejas sin aparente fatiga es algo realmente genial. Viven fabricando dulzura y eso es lo que etiqueta su admirable instinto.

Dulzura, tanto para los hombres como para las mujeres, es esa virtud que domina la rudeza, la adustez, el trato hosco y gobierna los movimientos del alma, según los principios de la razón. Es como ese suave perfume que invade nuestro ser, suaviza las facultades y embalsama el ambiente que le rodea. La dulzura de corazón emerge desde dentro y se proyecta en una mirada cariñosa, en un cordial apretón de manos, en suaves palabras que animan, en un gesto que brinda acogida y genera bienestar y en una sonrisa que lejos de ser una mueca que asusta, cautiva a quienes nos rodean.

Vivimos en una sociedad sumergida en el griterío, las palabras groseras, las miradas hirientes, las cejas enarcadas, las voces ásperas y burlonas, los gestos obscenos, la prepotencia y la mediocridad. Urge, por lo tanto, vivir, practicar la dulzura para que los rostros sañudos, agrios, insípidos, cansados y sin vida, se truequen en rostros llenos de paz, de alegría, de gozo, que inviten a celebrar la vida.

La dulzura no es una pacífica blandura por la cual nada nos turba, ni tampoco es la insensibilidad en presencia del vicio, de la injusticia y de la mentira. No es la débil complacencia que quisiera cerrarnos la boca, cuando es tiempo de hablar. Es una virtud, es una fuerza activa y pasiva entre la cólera exagerada y la fría insensibilidad. La persona dulce de corazón sabe callar y hablar en el momento propicio y con la palabra oportuna.

Es necesario que seamos dulces con nosotros mismos. Cuántas veces nos sentimos oprimidos al sentirnos esclavos de la mediocridad, tener alas y no saber volar, tomar resoluciones que luego se desvanecen como pompas de jabón, recaer siempre en los mismos defectos, quedarse caídos en lugar de levantarse, entonces reaccionamos como niños empecinados y fruncimos el ceño, que generalmente oculta un orgullo que se subleva. Si somos dulces con nosotros mismos, seremos dulces con los demás y se estará propiciando un clima de paz, de sosiego y de serenidad. Dulzura que no refleja la humildad de corazón, es una falsedad, es una hipocresía.

Aun cuando la tempestad ruja en el corazón, con un poco de energía y constancia, haremos brillar el sol en nuestras miradas. Una gran dulzura en la mente, en las palabras, en la fisonomía, en todo procedimiento, en las observacio-

nes y en los reproches, nos permitirá ganarnos el corazón de los demás.

Estimados lectores, sea nuestro intento dominarnos cuando la cólera y la impaciencia hierven. Hay que sujetarse a dos manos para no salir de nuestros goznes y permanecer sonrientes como si fuéramos la dulzura misma. Cuando hacemos actos de virtud, a pesar de nuestra naturaleza, es precisamente para forzar a la naturaleza a que se pliegue a la virtud. ¡Seamos dulces!

LA CABALLEROSIDAD

Se cuenta que cierto día el general norteamericano Roberto Lee (1807-1870) viajaba en un tren lleno de oficiales y soldados, cuando en una estación le abordó una anciana pobremente vestida, quien recorrió el vagón sin encontrar asiento. Cuando pasó junto al General Lee, este se levantó inmediatamente y le cedió su asiento. Acto seguido se levantaron todos los demás pasajeros y le ofrecieron su asiento al General. Pero él los increpó duramente diciéndoles: "No señores, si no hubo asiento para esta débil anciana, tampoco puede haber para mí que soy más fuerte que ella".

¡Tremenda lección, amigos lectores!. Mientras uno fue auténticamente cortés, un caballero diría yo, los demás trataron de serlo por simple compromiso, quizá por temor o por vergüenza. Un caso similar aconteció con una dama que viajaba en cierto autobús y al no encontrar asientos exclamó: ¡Qué barbaridad, ya no hay caballeros en este siglo!. A lo que un gamberro replicó: ¡Caballeros tenemos, lo que no hay es asientos, señora!

Pero... ¿qué cosa es la caballerosidad?. Acudo al diccionario y en este encuentro que ser caballero significa ser un SEÑOR en el amplio sentido de la palabra. Caballero es sinónimo de cortesía. Cuántas veces en las distintas dependencias públicas nos encontramos con frases como estas:

"Qué fácil es decir:

Por favor..., muchas gracias..., tenga la bondad..., encantado de verlo..., a sus órdenes..., ¿en qué puedo ayudarle?..., después de usted..., es usted muy amable..., disculpe la molestia..., tendría usted la fineza...". Y así por el estilo cantidad de frases que quizá las repetimos de memoria. Son, como comenta Mons. Joaquín Antonio Peñalosa, cuyos pensamientos los expongo en este artículo, frases prefabricadas, verdaderos comodines de la conversación, quizá expresiones que tal vez han ido pasando de moda porque han ido perdiendo su brillo, su espontaneidad, su clara frescura. Las decimos sin sentir las, simplemente porque hay que pronunciarlas por puro cumplimento (cumplimiento y miento), porque no brotan del corazón, simplemente salen de labios para afuera.

Las urde la rutina y no el sentimiento. Da la impresión de que esas frases fue-

ran frutas ya vaciadas de su jugo, convertidas en bagazo. Cascarones de carnaval, que son un globo de caucho y agua pero sin sustancia interna. Nueces huevas, envolturas sin almendra. "Palabras, palabras, palabras", como solía cantar una artista de la farándula.

La caballerosidad se ha convertido en un manejo de expresiones estereotipadas y en algunos gestos congelados, ademanes mecánicos y sonrisas en serie, sin el toque caliente de la vida, porque les falta el alma.

A las palabras atentas y a los buenos modales, los romanos les asignaron el nombre de URBANIDAD, porque se suponía que quien habitaba en la urbe, al contacto de la cultura, era capaz de reflejar en su conducta externa la finura del espíritu. Los viejos españoles hablaron de caballerosidad, de cortesanía, o de cortesía, porque el habitante de la villa o ciudad donde residía el soberano debía ser, de nombre y realidad, un caballero, un cortesano, un cortés.

De ninguna manera estamos en contra de las fórmulas y los gestos que identifican a un caballero, con tal que no se crea que ser caballero consista sólo en eso. Las formas sociales, tan estimables y necesarias, dignifican el trato cotidiano, liman las asperezas, fomentan la caballerosidad. Ellas pueden bastar para ganarse en el mundo la reputación de caballero. Ellas son un ropaje para adornar la vida; pero bajo el vestido de lujo ha de existir también un corazón lujoso.

La caballerosidad, no se funda en elementos tan exteriores y frágiles, como la frase azucarada y el ademán bien estudiado. Se conjuga con una serie de virtudes, de hábitos morales que comprometen la disciplina interior de la persona. La caballerosidad es, y debe ser, una ascética, una práctica eficaz de aquello que llamamos virtudes.

Ceder el lugar de honor a otra persona, supone el ejercicio de la humildad, sin la cual aquel gesto se queda en refinada mentira. Recibir al desconocido con una sonrisa, exige un ancho espíritu de amabilidad. Soportar al imprudente que nos roba el tiempo, precisa una fuerte dosis de paciencia. Seamos caballeros revistiéndonos de humildad y franqueza, de sinceridad y sacrificio, de olvido de sí mismo. Y de esta manera los demás descubrirán que verdaderamente somos el suave aroma de Cristo, que llevamos en nuestras vasijas frágiles algo del rostro de Dios, de aquel Dios a quien Dante Alighieri no tuvo el menor reparo en llamarle "Señor de la cortesía".

RÉQUIEM POR LA CORTESÍA

Cierto día, siendo Presidente de los Estados Unidos, Thomas Jefferson, paseaba en compañía de un comerciante, cuando un esclavo se cruzó en su camino y lo saludó con extrema cortesía.

Jefferson contestó el saludo con gran deferencia, lo cual llamó la atención del comerciante quien, sumamente extrañado, le preguntó:

¿Por qué se ocupa usted de saludar a un esclavo?

- Porque lamentaría mucho, contestó el Presidente, que un esclavo superara a un mandatario en urbanidad y cortesía. Lo cortés no quita lo Presidente.

Amigos lectores, siempre se ha dicho que la cortesía y los buenos modales abren puertas y portales. Ya el pueblo judío desde la antigüedad era famoso por su cortesía, la afabilidad y la paciencia. Fueron precisamente las madres, los maestros y los rabinos quienes educaban con su testimonio de vida. No era nada fácil encontrarse con gente de rostro cansado, tirantez en sus gestos, displi-cencia o agresividad reprimida.

Marden consideraba a la cortesía como un gran capital. Subrayaba que se pueden alcanzar enormes riquezas tan sólo con la cortesía, el buen decir y la buena educación. Las abejas jamás hincarían su aguijón en una persona untada de miel. Quién no recuerda las orientaciones que solía impartir Aristóteles: "Ante todo un caballero se portará, decía el filósofo griego, con moderación en la prosperidad como en la adversidad. No ha de autoalabarse ni humillarse. No mostrará alegría ante el éxito ni pesadumbre en el fracaso. Será indiferente tanto si le alaban como si le vituperan".

El auténtico señor, el caballero a carta cabal es un diamante tallado que antes era una piedra sin pulir. Quien ha visto fabricar la porcelana habrá podido advertir que primero preparan el barro y lo queman para endurecerlo y pueda resistir la reciedumbre de los golpes; seguidamente le pasan un barniz sometándolo al fuego nuevamente, lo cual le otorga un brillo permanente. El falso caballero únicamente tiene el barniz sobre el barro. Al primer contratiempo salta el barniz y surge el barro crudo.

Hemos traído a colación estos apuntes frente a las expresiones vertidas por el ex- Superintendente de Compañías, que como cuenta un distinguido articulista, en el diario capitalino *El Comercio*, en la carta de renuncia-destitución enviada al Presidente de la Asamblea Nacional Constituyente, Economista Alberto Acosta Velasco, utiliza términos como "pobres diablos" para los de minoría, "insolentes y tontos", a quienes han osado en rechazarle; "hordas enloquecidas", "tardos holgazanes", refiriéndose a los empleados, para finalmente remarcar que "el servidor público que no entienda al patriotismo como el afecto ciudadano por el bien común y por las instituciones que lo sustentan, es un repulsivo animal carroñero, capaz únicamente de comer, beber, reproducirse y...". Tremendas aseveraciones, que usted amable lector, sabrá juzgarlas, en un país donde parece que la descortesía también será de todos.

Estimados lectores, mirando este panorama afanémonos por ser caballeros

revistiéndonos de humildad y franqueza, de sinceridad y sacrificio, de olvido de nosotros mismos. Y con Fray Luis de León concluiremos:

"A aqueste mar turbado
¿quién le pondrá ya freno?
¿quién concierto, al fiero viento airado?
Estando Tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?"

ÉTICA EN LA CARRETERA

Cierta vez un conductor se desplazaba por una carretera a una velocidad excesivamente elevada. De pronto, justo después de una curva, apareció un hombre que conducía otro auto, le hacía cambio de luces al otro conductor para que se detuviera, sacaba su mano desesperadamente haciéndole señal de parada; pero el otro indignado, no le hizo caso.

Cuando pasó junto a él le dijo angustiosamente: Oye, ¡Cerdo!. El otro lo insultó y hasta señales obscenas le hacía con su mano. Cuando llegó a la curva, el conductor que llevaba exceso de velocidad chocó aparatosamente contra un cerdo que intempestivamente apareció al voltear la curva.

Amigos lectores, uno de los ideólogos de la Inteligencia emocional, Daniel Goleman, ha puntualizado que los acontecimientos de nuestra vida, saturada de estímulos, nos convierte en seres altamente emotivos. Naturalmente que las emociones no son malas; empero, cuando estas se vuelven incontrolables terminan dominando a la persona, que le importa un comino el riesgo que corren sus acciones.

Si el chofer de nuestra anécdota conducía a una velocidad tolerable, pudo haber frenado a tiempo y evitar el accidente. Si le hubiera hecho caso a aquel hombre que parecía un "loco" haciéndole señas para que se detuviera, hubiera sacrificado unos contados segundos pisando el freno para detenerse. Lamentablemente nos sentimos dueños de la carretera, imprimimos altas velocidades y no nos importan las consecuencias que pueden suscitarse.

Cuántos "locos" han aparecido en la carretera de la vida tratando de obstaculizar el paso acelerado que estamos dando, y la única respuesta que han encontrado ha sido el enojo, el insulto, la señal obscena. Cuántos conductores irresponsablemente compiten en las carreteras, sin importarles el riesgo que corren cantidad de personas que van llevando como pasajeros. Da la impresión de que el destino a donde se pretende llegar es un cementerio y no un lugar seguro.

Los periódicos reportan a diario cantidad de accidentes por imprudencias,

por irrespeto a las señales de tránsito, por conducir en estado etílico, etc., etc. Decenas de muertos y heridos ha sido el saldo trágico de todo lo que hemos mencionado. En la mayoría de los casos el chofer huye cuando tardíamente analiza el daño irreparable que ha ocasionado. De ninguna manera esta reflexión pretende ser un réquiem por los que han fallecido o por los que van a morir. Todo lo contrario, aspiramos a entonar un canto a la vida, para quienes todavía no hemos sido atrapados entre la chatarra retorcida de algún bus local o interprovincial. Un canto al Dios de la vida que quiere lo mejor para nosotros. Por ello tenemos que valorar en grado superlativo este don precioso del Altísimo. La vida hay que amarla, hay que custodiarla, hay que mimarla. Tenemos que aprender a valorar nuestra propia vida y la vida de los demás. Cada conductor tiene que darse cuenta que está transportando seres humanos, cuyas vidas están bajo su responsabilidad.

Baltasar Gracián, el famoso escritor español, en frase lapidaria subrayó: "una nave es un ataúd anticipado". Efectivamente cuando una persona aborda un vehículo, tiene que elevar una plegaria porque la muerte está al acecho. Un vehículo, un avión, parodiando la frase de Gracián, pueden convertirse en ataúdes de más veloz anticipación.

Nuestra existencia está regulada por una ética cristiana cuyo principio fundamental es el amor y el respeto a la vida. Para los conductores que les encanta el licor, por ejemplo, hay una ética de la sobriedad y de la prudencia. El quinto mandamiento de la Ley de Dios exhorta a no matar. No es dable que porque nos gusta el vértigo, la velocidad, pongamos en peligro la vida de los demás. Quizá podamos escabullirnos de la justicia humana, pero nadie escapa de la justicia divina.

El conducir un vehículo, de suyo implica un riesgo permanente. "No corran tras la muerte por los desvaríos de su vida, ni se acarreen la ruina con las obras de sus manos", enfatiza el Libro Sagrado.

Todos los que conducimos hemos de esforzarnos por no ser tecnócratas de bolsillo, pensando que la máquina da fuera. No nos convirtamos en plantígrafos de goma, procaces y ensoberbecidos pensando que porque nos deslizamos sobre cuatro ruedas infladas somos dueños de vidas, de carreteras y de haciendas.





www.cce.org.ec

*La CCE, sembrando
la buena semilla de la patria*